

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LX, número 36 (2.833)

Ciudad del Vaticano

8 de septiembre de 2023

No olvidar la dimensión martirial en Ucrania



Francisco con los obispos del Sínodo de la Iglesia greco-católica, en página 8

En las palabras de la agente de pastoral Rufina Chamingerel y en los énfasis de Francisco una indicación valiosa para el trabajo sobre la sinodalidad

Del “pequeño rebaño” de Mongolia, una lección para el Sínodo

ANDREA TORNIELLI

Se llama Rufina Chamingerel, es una trabajadora pastoral que dirigió unas palabras al Papa Francisco el sábado 2 de septiembre durante un encuentro en la catedral de Ulán Bator. Ella dijo: “Todavía no sé cómo traducir la palabra ‘comunidad’ a nuestro idioma... Nuestra Iglesia se encuentra en esa típica etapa en la que los niños preguntan constantemente a sus padres... Somos muy afortunados porque no tenemos muchos libros de catequesis en nuestra lengua, pero tenemos muchos misioneros que son libros vivos. Quisiera subrayar la eficacia del Sínodo y de la Sinodalidad. Durante el Sínodo, nuestros fieles, especialmente los agentes de pastoral, han podido comprender aún mejor la verdadera naturaleza de la Iglesia y han tenido una visión más completa de nuestras parroquias”. Del “pequeño rebaño” católico de las estepas mongolas procede una valiosa indicación para el Sínodo sobre la sinodalidad. El trabajo sinodal vivido aquí ha permitido “comprender mejor la verdadera naturaleza de la Iglesia”.

Tomando la palabra después de Rufina, el Papa Francisco, en su discurso a los católicos de Mongolia, quiso “subrayar esta palabra: comunión”. Porque, explicó, “la Iglesia no se entiende según un criterio puramente funcional: no, la Iglesia no es una entidad funcional”, sino que “es otra cosa”. La palabra “comunión” explica bien lo que es la Iglesia: “En este cuerpo de la Iglesia, el obispo no actúa como moderador de los distintos componentes basándose quizás en el principio de la mayoría, sino en virtud de un principio espiritual, por el que Jesús mismo se hace presente en la persona del obispo para asegurar la comunión en su Cuerpo Místico”.

L'Eglise est une Communion es el título de un libro escrito a principios de los años 60 por el dominico Jérôme Hamer, futuro secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe y cardinal. La eclesiología de comunión, dijo el Sínodo de los obispos de 1985, es “la idea central y fundamental de los documentos del Concilio Vaticano II”. El Sínodo que está a la vuelta de la esquina es una ocasión para experimentar y tomar conciencia de lo que significa vivir la comunión eclesial, no según lógicas mundanas, no según pseudo “agendas” preconfeccionadas individuales o de grupo, sino redescubriendo la comunión en la oración y en la escucha recíproca, dejándose guiar todos por el Espíritu y realizando así una dimensión constitutiva del ser Iglesia. Una dimensión presente en la Iglesia desde sus orígenes.

Al recibir el premio “È giornalismo”, el 26 de agosto, el Papa Francisco dijo: “Precisamente en este tiempo, en el que se habla mucho y se escucha poco, y en el que el sentido del bien común corre el riesgo de debilitarse, toda la Iglesia se ha puesto en camino para redescubrir la palabra juntos. Debemos redescubrir la palabra juntos. Caminar juntos. Preguntarnos juntos. Asumir juntos un discernimiento comunitario, que para nosotros es oración, como hicieron los primeros Apóstoles: es sinodalidad, que quisieramos convertir en hábito cotidiano en todas sus expresiones. Precisamente con este fin, dentro de un mes, obispos y laicos de todo el mundo se reunirán aquí, en Roma, para un Sínodo sobre la sinodalidad: escuchar juntos, discernir juntos, orar juntos”.

Desde el corazón de Asia, de Mongolia, desde una Iglesia naciente tan distante en kilómetros de Roma pero tan cercana al corazón del Papa, llega una lección para los padres y madres sinodales que dentro de unos días se reunirán en torno al Sucesor de Pedro para rezar, escucharse y discernir juntos cómo anunciar el Evangelio a las mujeres y hombres de nuestro tiempo.

La sed, el desierto y la esperanza

Todos somos nómadas de Dios

ANDREA MONDA

En el discurso pronunciado el domingo durante el encuentro ecuménico e interreligioso celebrado en el Hun Theatre de Ulán Bator, el Papa Francisco afirmó la posibilidad y la necesidad de la esperanza, que siempre es un camino difícil, más largo y fatigoso que la desesperación, pero más fuerte y fecundo para seguir viviendo como seres humanos. Dijo precisamente que «esperar es posible. En un mundo lastimado por luchas y discordias, eso podría parecer utópico; sin embargo, los proyectos más grandes comienzan en lo escondido, con dimensiones casi imperceptibles. El gran árbol nace de la semilla pequeña, oculta bajo la tierra».

El tamaño de la Iglesia en Mongolia es muy pequeño, «casi imperceptible», alrededor de 1500 católicos en todo el país, pero Dios ama la pequeñez como recordó el Papa el día anterior en el discurso en la catedral invitando a mirar a María que en su ocultamiento ha logrado grandes cosas. El Evangelio de Lucas ya en su comienzo indica la lógica y el estilo oculto, discreto, de Dios. Por un lado está el emperador Augusto, el hombre más poderoso del mundo, que impone el censo, quiere contar sus súbditos, conocer los números: los hombres (como los ladrillos de Babel) reducidos a datos para ensamblar, contabilizar; por otro lado, Dios envía a su ángel a Nazaret en Galilea, en la periferia de la periferia (hasta el punto de que Natanael de Caná puede preguntarse «¿De Nazaret puede venir algo bueno?»), para proponer a una joven un proyecto que trastorna su vida y cambiará la historia del mundo.

La esperanza es este camino difícil, que no se fía de los grandes números, sino que acoge con valentía

el desafío de la vida. Un camino que a menudo lleva a atravesar el desierto.

La imagen del desierto fue el punto central sobre el que se desarrolló la homilía pronunciada por el Papa el domingo, en la que se refirió a la condición nómada de la población mongola extendiéndola a toda la humanidad: «somos ‘nómadas de Dios’, peregrinos en búsqueda de la felicidad, caminantes sedientos de amor. El desierto evocado por el salmista se refiere, entonces, a nuestra vida; somos nosotros esa tierra árida que tiene sed de un agua límpida, de un agua que apaga la sed profundamente. Es nuestro corazón el que desea descubrir el secreto de la verdadera alegría, la que incluso en medio de las sequedades existenciales, puede acompañarnos y sostenernos. Sí, arrastramos una sed inextinguible de felicidad, buscamos un significado».

El desierto y con él la sed y, en el fondo, la muerte. De ahí el miedo, el desconcierto que asalta a cada hombre y a cada mujer a lo largo del camino de la vida. Ese miedo que empuja a Pedro a escandalizarse de la cruz y a querer «proteger» a Jesús separándolo de su destino de sufrimiento. La reacción de Jesús es nítida, cortante. Y aún más sus últimas palabras en la cruz que expresan y asumen todo este misterio: primero «tengo sed» y luego «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

A esta pregunta, a esta sed, la fe cristiana ha respondido. Lo ha dicho de modo fuerte, vibrante, el Papa en la homilía, invitando a los creyentes a estar, a morar, dentro de esta pregunta, sin evitarla o huir: «la fe cristiana responde a esta sed; la toma en serio; no la descarta, no intenta aplacarla con paliativos o sustitutos. Porque en esta sed está nuestro gran misterio; esta sed nos abre al Dios vivo, al Dios amor que viene a nuestro encuentro pa-

ra hacernos hijos suyos y hermanos y hermanas entre nosotros [...] Es verdad, a veces nos sentimos como una tierra sedienta, reseca y sin agua, pero también es verdad que Dios se hace cargo de nosotros y nos ofrece el agua límpida que apaga la sed, el agua viva del Espíritu que, brotando en nosotros, nos renueva y nos libra del peligro de la sequedad. Esta agua nos la da Jesús». El Papa luego cita un pasaje bellissimo de san Agustín: «Si nos reconocemos como sedientos, nos reconoceremos también como quienes bebemos» (*Comentarios a los Salmos*, 62,3). De hecho, si tantas veces en nuestra vida experimentamos el desierto, la soledad, la fatiga, la esterilidad, no debemos olvidar esto: «Pero a fin de que no desfallezamos en este desierto —añade san Agustín—, Dios nos envió el rocío de su Palabra [...], [para] que de tal manera sintamos sed, que podamos beber [...]. Dios se ha compadecido de nosotros, y nos ha abierto un camino en el desierto: el mismo Señor nuestro Jesucristo —Él es el camino en desierto de la vida—. Hay desierto pero hay un camino, hay sed pero hay agua.

La escritora danesa Karen Blixen miró a la cara este misterio, este es el destino de los verdaderos artistas, permaneció dentro de esa pregunta y nos dio esta reflexión: «Hasta la fecha, nadie ha visto aves migratorias que se dirigen a esferas más cálidas que no existen, o ríos que se desvían a través de rocas y llanuras para correr en un océano que no se puede encontrar. Porque Dios no crea un anhelo, un deseo, o una esperanza sin tener preparada una realidad que los cumpla. Nuestro anhelo es nuestra certeza y dichosos los nostálgicos porque volverán a casa».

En el momento en que el Papa regresa a casa de su viaje a Mongolia, nos da esta esperanza, posible, necesaria y creíble.

Papa Francisco en Mongolia

Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático

«Pongámonos manos a la obra para construir juntos un futuro de paz»

Se recreen también hoy, en el respeto de las leyes internacionales, las condiciones de aquello que en un tiempo fue la "pax mongola". Exponentes del mundo político, religioso, cultural, diplomático y empresarial, en representación de todos los componentes de la sociedad civil mongola, participaron en el encuentro con el Papa que tuvo lugar el sábado 2 de septiembre, en la sala Ikh Mongol del Palacio de Gobierno, en Ulán Bator. A continuación el discurso pronunciado en italiano por el Pontífice.

Señor Presidente de la República, señor Presidente del Gran Jural del Estado, señor Primer Ministro, distinguidos miembros del Gobierno y del Cuerpo diplomático, ilustres autoridades civiles y religiosas, insignes representantes del mundo de la cultura, señoras y señores:

Agradezco al señor Presidente la acogida y las palabras que me ha dirigido, y saludo de corazón a cada uno de ustedes. Me siento honrado de estar aquí, feliz por haber viajado hasta esta tierra fascinante y vasta, hasta este pueblo que conoce bien el significado y el valor del camino. Lo revelan sus moradas tradicionales, las ger, hermosísimas casas itinerantes. Imagino entrar por primera vez, con respeto y emoción, en una de estas tiendas circulares que salpican la majestuosa tierra mongola, para encontrarme con ustedes y conocerlos mejor. Aquí estoy a la puerta, peregrino de la amistad, llegando de puntillas y con el corazón alegre, deseoso de enriquecerme humanamente con vuestra presencia.

Cuando entramos en la casa de los amigos es hermoso intercambiar regalos, acompañándolos con palabras que evocan los encuentros anteriores. Y si las relaciones diplomáticas modernas entre Mongolia y la Santa Sede son recientes —este año se celebra el 30 aniversario de la firma de una carta para reforzar las relaciones bilaterales—, mucho tiempo antes, exactamente hace 777 años, precisamente entre el final de agosto y el inicio de septiembre de 1246, fray Juan de Plano Carpini, enviado papal, visitó a Guyuk, el tercer emperador mongol, y le presentó al Gran Kan la carta oficial del Papa Inocencio IV. Poco después fue redactada y traducida en varias lenguas la carta de respuesta, timbrada con el sello del Gran Kan en caracteres mongoles tradicionales. Esta se conserva en la Biblioteca Vaticana y hoy tengo el honor de entregarles una copia auténtica, realizada con las técnicas más avanzadas para garantizar la mejor calidad posible. Que este pueda ser un signo de amistad antigua que crece y se renueva.

He sabido que, desde la puerta de la ger, al alba, los niños en el campo otean el horizonte para contar las cabezas de ganado y referir el número a sus padres. También a nosotros nos hace bien abrazar con la mirada el

amplio horizonte que nos rodea, superando las visiones estrechas y abriéndonos a una mentalidad amplia, como invitan a hacer las ger que, nacidas de la experiencia del nomadismo en la estepa, se han difundido por un vasto territorio, siendo un elemento identificativo de las distintas culturas vecinas. Los espacios inmensos de vuestras regiones, desde el desierto del Gobi a la estepa, desde las grandes praderas a los bosques de coníferas, llegando a las cadenas montañosas de Altái y Jangái, con los innumerables meandros de cursos de agua, que vistos desde arriba parecen decoraciones refinadas sobre preciosas telas antiguas; todo esto es un reflejo de la grandeza y la belleza de todo el planeta, que está llamado a ser un jardín acogedor. Vuestra sabiduría, la sabiduría de vuestro pueblo, sedimentada en generaciones de ganaderos y agricultores prudentes, siempre atentos a no romper los delicados equilibrios del ecosistema, tiene mucho que enseñar a quien hoy no quiere cerrarse en la búsqueda de un mero interés particular, sino que desea entregar a la posteridad una tierra todavía acogedora, una tierra todavía fecunda. Lo que para nosotros cristianos es la creación, es decir, el fruto de un benévolo designio de Dios, ustedes nos ayudan a reconocer y a promover con delicadeza y atención, contrastando los efectos de la devastación humana con una cultura del cuidado y de la previsión, que se refleja en políticas de ecología responsable. Las ger son espacios habitacionales que hoy podrían definirse como inteligentes y verdes, en cuanto versátiles, multifuncionales y con un impacto cero sobre el ambiente. Además, la visión holística de la tradición chamánica mongola y el respeto por todo ser viviente proveniente de la filosofía budista representa una contribución válida al compromiso urgente e impostergable por la tutela del planeta Tierra.

Las ger, presentes tanto en las zonas rurales como en los centros urbanos, testimonian además el precioso connubio entre la tradición y la modernidad; en efecto, ellas acomunan la vida de los ancianos y los jóvenes, expresando la continuidad del pueblo mongol, que desde la antigüedad hasta el presente ha sabido custodiar las propias raíces, abriéndose, especialmente en los últimos decenios, a los grandes desafíos globales del desarrollo y de la democracia. Ciertamente, hoy Mongolia, con su amplia red de relaciones diplomáticas, su activa adhesión a las Naciones Unidas, su compromiso por los derechos humanos y por la paz, desempeña un papel significativo en el corazón del gran continente asiático y en el escenario internacional. Quisiera



mencionar también vuestra determinación a detener la proliferación nuclear y a presentarse al mundo como un país sin armas nucleares. Mongolia no es sólo una nación democrática que lleva adelante una política exterior pacífica, sino que se propone realizar un papel importante para la paz mundial. Además —otro elemento propicio que se puede señalar—, la pena capital ha desaparecido de vuestro ordenamiento judicial.

Las ger, gracias a su capacidad de adaptarse a los climas extremos, consenten vivir en territorios muy dispares, como ocurrió durante la conocida epopeya del imperio mongol, el más grande hasta la fecha con un territorio unido. Vengo a Mongolia, entre otras cosas, en un aniversario importante para ustedes, los 860 años del nacimiento de Gengis Kan. Durante siglos, el abrazar tierras lejanas y muy distintas puso en evidencia la excepcional capacidad de vuestros antepasados de reconocer lo mejor de los pueblos que componían el inmenso territorio imperial y de ponerlas al servicio del desarrollo común. Esto es un ejemplo que se debe tomar en cuenta y reproducir en nuestros días. Quiera el cielo que, sobre la tierra, devastada por tantos conflictos, se recreen también hoy, en el respeto de las leyes internacionales, las condiciones de aquello que en un tiempo fue la *pax mongola*, es decir, la ausencia de conflictos. Así como dice vuestro proverbio: «las nubes pasan, el cielo permanece», que así pasen las nubes oscuras de la guerra, que se disipen por la firme voluntad de una fraternidad universal en la que las tensiones se resuelvan sobre la base del encuentro y del diálogo, y que a todos se les garanticen los derechos fundamentales. Aquí, en vuestro país, rico de historia y de cielo, imploremos este don de lo alto y pongámonos manos a la obra para construir juntos un futuro de paz.

Al entrar en una ger tradicional, la mirada se eleva hacia el centro, a la parte más alta, donde hay una ventana abierta al cielo. Quisiera subrayar esta actitud fundamental que vuestra tradición ayuda a descubrir: el saber dirigir nuestra mirada hacia lo alto. Alzar los ojos al cielo —el

eterno cielo azul que ustedes siempre han venerado— significa permanecer en una actitud de dócil apertura a las enseñanzas religiosas. Hay de hecho una profunda connotación espiritual entre las fibras de vuestra identidad cultural y es hermoso que Mongolia sea un símbolo de libertad religiosa. En la contemplación de los vastos horizontes, poco poblados por seres humanos, se ha afinado en vuestro pueblo una propensión al aspecto espiritual, al que se accede otorgando valor al silencio y a la interioridad. Ante el solemne predominio de la tierra que les rodea con sus innumerables fenómenos naturales, nace un sentimiento de asombro, que sugiere humildad y frugalidad, optar por lo esencial y ser capaces de desvincularse de todo lo que no les es. Pienso en el peligro que representa el espíritu consumista de hoy en día, que además de crear muchas injusticias, lleva a un individualismo que olvida a los demás y a las buenas tradiciones recibidas. Las religiones, por el contrario, cuando se inspiran en su patrimonio espiritual original y no son corrompidas por desviaciones sectarias, son a todos los efectos soportes fiables para la construcción de sociedades sanas y prósperas, en las que los creyentes no escatiman esfuerzos con el fin de que la convivencia civil y los proyectos políticos estén siempre al servicio del bien común, representando también como un freno a la peligrosa carcoma de la corrupción. Esta constituye efectivamente una amenaza seria para el desarrollo de cualquier grupo humano, alimentándose de una mentalidad utilitarista y desaprensiva que empobrece países enteros. Es la señal de una mirada que se aleja del cielo y huye de los vastos horizontes de la fraternidad, encerrando a la persona en sí misma y anteponiendo todo a sus propios intereses.

En cambio, protagonistas de esa mirada hacia lo alto y de una visión amplia fueron muchos de vuestros antepasados líderes, que demostraron una excepcional capacidad de integrar voces y experiencias distintas, incluso desde un punto de vista religioso. Una actitud respetuosa y

conciliadora se reservaba también a las múltiples tradiciones sagradas, como atestiguan los distintos lugares de culto —entre ellos uno cristiano— tutelados en la antigua capital Karakórum. Por ello, para ustedes fue casi natural llegar a la libertad de pensamiento y de religión, sancionada en vuestra actual Constitución; que ha superado la ideología sin derramamiento de sangre, la ideología atea que se creía obligada a extirpar el sentimiento religioso, considerándolo

un freno al desarrollo. Hoy se reconoce en ese valor esencial de la armonía y de la sinergia entre fieles de credos distintos, que —cada una desde su punto de vista— contribuyen al progreso moral y espiritual.

En este sentido, la comunidad católica mongola está complacida de seguir dando su contribución. Esta comenzó a celebrar su fe hace poco más de treinta años, precisamente dentro de una ger, e incluso la catedral actual, que se encuentra en esta gran ciudad, evoca su forma. Son signos del deseo de compartir la propia obra con el pueblo mongol, que es su pueblo, en espíritu de servicio responsable y fraterno. Por tanto, estoy contento de que la comunidad católica, aun siendo pequeña y discreta, participe con entusiasmo y compromiso en el camino de crecimiento del país, difundiendo la cultura de la solidaridad, la cultura del respeto por todos y la cultura del diálogo interreligioso, y entregándose a la causa de la justicia, la paz y la armonía social. Deseo que, gracias a una legislación con amplitud de miras y atenta a las exigencias concretas, los católicos locales, ayudados por hombres y mujeres consagrados necesariamente provenientes en su mayoría de otros países, no tengan dificultad para poder ofrecer siempre a Mongolia su contribución humana y espiritual, en beneficio de este pueblo. A este respecto, las tratativas en curso para estipular un acuerdo bilateral entre Mongolia y la Santa Sede representan un canal importante para alcanzar las condiciones básicas para el desarrollo de las actividades ordinarias en las que está comprometida la Iglesia católica. Entre ellas, además de la dimensión más propiamente religiosa del culto, destacan las numerosas iniciativas de desarrollo humano integral, articuladas también en los sectores de la educación, la sanidad, la asistencia, la investigación y la promoción cultural. Estas dan testimonio del espíritu humilde, del espíritu fraterno y solidario del Evangelio de Jesús, el único camino que los católicos están llamados a recorrer en el itinerario que comparten con todos los pueblos.

El lema elegido para este Viaje es "Esperar juntos", y expresa preci-

samente la potencialidad inherente al caminar con los demás, en el respeto recíproco y en la sinergia por el bien común. La Iglesia católica, institución antigua y difundida en casi todos los países, es testigo de una tradición espiritual, de una tradición noble y fecunda, que ha contribuido al desarrollo de naciones enteras en muchos campos de la vida del hombre, desde la ciencia a la literatura, desde el arte a la política. Estoy seguro que también los católicos mongoles están y estarán dispuestos a dar su propia contribución a una sociedad próspera y segura, en diálogo y colaboración con todos los que habitan en esta tierra grande besada por el cielo.

«Sé como el ciclo». Con estas palabras, un famoso poeta invitaba a trascender la caducidad de los altibajos terrenos, imitando la magnanimidad inspirada precisamente por el inmenso y terso cielo azul que se contempla en Mongolia. También nosotros, hoy, peregrinos y huéspedes en este país que tanto puede ofrecer al mundo, deseamos responder a esta invitación, traduciendo en signos concretos de compasión, diálogo y planificación común. Que los distintos miembros de la sociedad mongola, aquí representados, puedan seguir ofreciendo al mundo la belleza y la nobleza de un pueblo único. Que, como vuestra escritura, puedan permanecer "en pie" y levantar a tantos que sufren a su alrededor, recordando a todos la dignidad de cada ser humano, llamado a habitar la casa terrena abrazando el cielo. *Bayarlalaa!* [¡Gracias!]

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniusque suum Non proculdantem

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.phot@spcva
www.phot@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@redirezione.system@ilsole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.
San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Papa Francisco en Mongolia

Encuentro con los obispos, sacerdotes, misioneros, consagrados, consagradas y agentes pastorales

Cercanos a la gente con ternura y compasión

El cristiano es aquel que es capaz de adorar, adorar en silencio: y de esta adoración brota la actividad

En la catedral de Ulán Bator, dedicada a los santos Pedro y Pablo, el Papa se reunió, el sábado 2 de septiembre, con los obispos, los sacerdotes, los misioneros, los consagrados, las consagradas y los agentes pastorales. A ellos dirigió el discurso en italiano que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas: ¡Buenas tardes!

Gracias, Excelencia, por sus palabras, gracias sor Salvia, don Peter Sanjaajav y Rufina por sus testimonios, gracias a todos ustedes por su presencia y por su fe. Estoy feliz de encontrarme con ustedes. La alegría del Evangelio es el motivo que ha impulsado a todos ustedes, hombres y mujeres consagrados en la vida religiosa o en el ministerio ordenado, a estar aquí y a dedicarse, junto a las hermanas y a los hermanos laicos, al Señor y a los demás. Bendigo a Dios por esto y lo hago a través de una hermosa oración de alabanza tomada del Salmo 34, en el que me inspiro para compartir algunos pensamientos con ustedes. Dice así: «¡Gusten y vean qué bueno es el Señor!» (v. 9).

Gustar y ver, porque la alegría y la bondad del Señor no son algo pasajero, sino que permanecen dentro, dan gusto a la vida y permiten ver las cosas de un modo nuevo; como nos has dicho tú, Rufina, en tu hermoso testimonio. Ante todo, quisiera saborear el gusto de la fe en esta tierra haciendo memoria de historias y de rostros, de vidas gastadas por el Evangelio. Gastar la vida por el Evangelio: es una bella definición de la vocación misionera del cristiano, y en particular del modo en que los cristianos viven esa vocación aquí. Gastar la propia vida por el Evangelio.

Recuerdo entonces al obispo Wenceslao Selga Padilla, primer Prefecto apostólico, pionero de la fase contemporánea de la Iglesia en Mongolia y constructor de esta catedral. Aquí, sin embargo, la fe no se remonta sólo a los años noventa del siglo pasado, sino que tiene raíces muy antiguas. A las experiencias del primer milenio, marcadas por el movimiento evangelizador de la tradición siríaca que se difundió a lo largo de la ruta de la seda, siguió un considerable compromiso misionero. ¿Cómo no recordar las misiones diplomáticas del siglo XIII, incluso el celo apostólico manifestado por el nombramiento, entorno al año 1310, de Juan de Montecorvino como primer obispo de Janbalic y, por tanto, responsable de toda esta amplia región del mundo bajo la dinastía mongol Yuan? Fue precisamente él quien realizó la primera traducción en mongol del libro de los Salmos y del Nuevo Testamento. Pues bien, esta gran historia de pasión por el Evangelio se retomó de manera extraordinaria en 1992 con la llegada de los primeros misioneros de la Congregación del Inmaculado Corazón de María, a los que se unieron representantes de otros institutos, clero diocesano y voluntarios laicos. Entre todos quisiera recor-

dar al activo y celoso Padre Stephano Kim Seong-hyeon. Y también hagamos memoria de tantos fieles servidores del Evangelio en Mongolia, que están aquí con nosotros ahora y que, después de haber gastado su vida por Cristo, ven y gustan las maravillas que su bondad sigue realizando en ustedes y a través de ustedes. Gracias.

Pero, ¿por qué gastar la vida por el Evangelio? Es una pregunta que les hago. Como decía Rufina, la vida cristiana avanza haciéndose preguntas, como los niños que siempre preguntan algo nuevo, porque no son capaces de entenderlo todo en la edad de los porqués. Y en la vida cristiana nos acercamos al Señor y siempre le hacemos preguntas para entenderlo mejor, para entender mejor su mensaje. Gastar la vida por el Evangelio porque

cios que han aportado en infinidad de campos diferentes; desde la asistencia hasta la educación, pasando por la atención sanitaria y la promoción cultural. Los animo a proseguir en este camino fecundo y benéfico para el amado pueblo mongol. Gestos de amor y gestos de caridad.

Al mismo tiempo, los invito a que gusten y vean al Señor—gusten y vean al Señor—, los invito a que vuelvan una y otra vez a aquella primera mirada de la que surgió todo. Sin esto, las fuerzas van menguando y el compromiso pastoral corre el riesgo de quedar en una estéril prestación de servicios, en un sucederse de tareas que se deben hacer, pero que terminan por no transmitir nada más que cansancio y frustración. Sin embargo, permaneciendo en contacto con el rostro de Cristo, buscándolo en las Es-

El Señor Jesús, cuando envió a los suyos en el mundo, no los mandó a difundir un pensamiento político, sino a testimoniar con la vida la novedad de la relación con su Padre, para que fuese "Padre nuestro" (cf. *Jn* 20,17), activando de esa manera una concreta fraternidad con cada pueblo. La Iglesia que nace de este mandato es una Iglesia pobre, que se apoya sólo sobre una fe genuina, sobre la inermidad y desarmante potencia del Resucitado, capaz de aliviar los sufrimientos de la humanidad herida. Es por eso que los gobiernos y las instituciones seculares no tienen nada que temer de la acción evangelizadora de la Iglesia, porque no tiene ninguna agenda política que sacar adelante, sino que sólo conoce la fuerza humilde de la gracia de Dios y de una Palabra de miseri-

está cerca de ustedes, de vuestra comunidad, que es verdaderamente católica, es decir, universal, pues atrae hacia Mongolia la simpatía de muchos hermanos y hermanas esparcidos por el mundo, en una gran comunión eclesial.

Y subrayo esta palabra: comunión. La Iglesia no se comprende en base a un criterio puramente funcional; no, la Iglesia no es una empresa funcional, la Iglesia no crece haciendo proselitismo, como ya he dicho. La Iglesia es algo distinto. La palabra "comunión" nos explica bien qué es la Iglesia. En este cuerpo de la Iglesia, el obispo no hace de moderador de distintos miembros basándose tal vez en el principio de la mayoría, sino en virtud de un principio espiritual, por el cual Jesús mismo se hace presente en la persona del obispo para asegurar la comunión de su Cuerpo místico. En otras palabras, la unidad de la Iglesia no es una cuestión de orden y de respeto, ni siquiera una buena estrategia para "hacer amigos", es una cuestión de fe y de amor al Señor, es fidelidad a Él. Por eso es importante que todos los componentes eclesiales se aglutinen alrededor del obispo, que representa a Cristo vivo en medio de su Pueblo, construyendo esa comunión sinodal que ya es anuncio y que tanto ayuda a inculturar la fe.

Queridos misioneros y misioneras, gusten y vean el don que son ustedes, gusten y vean la belleza de darse totalmente a Cristo que los ha llamado a testimoniar su amor precisamente aquí en Mongolia. Sigán haciéndolo cultivando la comunión. Llévenlo a cabo en la sencillez de una vida sobria, a imitación del Señor, que entró en Jerusalén sobre un mulo y que se despojó incluso de sus vestiduras en la cruz. Estén siempre cerca de la gente, con esa cercanía que es la actitud de Dios: Dios es cercano, compasivo y tierno—cercanía, compasión y ternura—. Sean así con la gente, atendiéndolos personalmente, aprendiendo la lengua, respetando y amando su cultura, no dejándose tentar por las seguridades mundanas, sino permaneciendo firmes en el Evangelio a través de una ejemplar rectitud de vida espiritual y moral. Sencillez y cercanía, sin cansarse de llevar a Jesús los rostros y las historias que encuentran, los problemas y las preocupaciones, gastando tiempo en la oración cotidiana, que les permitirá mantenerse en pie ante el cansancio del servicio y alcanzar del «Dios de todo consuelo» (2 *Co* 1,3) la esperanza que hemos de llevar a los corazones de cuantos sufren.

Hermanos y hermanas, cerca del Señor se refuerza en nosotros una certeza, como nos revela nuevamente el Salmo 34: «Nada faltará a los que lo temen [...]. Los que buscan al Señor no carecen de nada» (vv. 10-11). Es cierto que los desequilibrios y las contradicciones de la vida afectan también a los creyentes, y que los evangelizadores no están

dispensados de esa carga de inquietud que pertenece a la condición humana. El salmista no teme hablar de la malicia y de los malhechores, pero recuerda que el Señor, ante el grito de los humildes, «los libra de todas sus angustias», porque «está cerca del que sufre y salva a los que están abatidos» (vv. 18-19). Por esto, la Iglesia se presenta ante el mundo como una voz solidaria con todos los pobres y los necesitados, no calla ante las injusticias y con mansedumbre se compromete a promover la dignidad de cada ser humano.

Queridos amigos, en este camino de discípulos misioneros ustedes tienen un pilar seguro, nuestra Madre celestial, que—me ha gustado mucho descubrirlo— ha querido darles un signo tangible de su presencia discreta y premurosa dejando que se encontrase una imagen suya en un vertedero. En un lugar de desechos ha aparecido esta hermosa estatua de la Inmaculada. Ella, sin mancha, inmune al pecado, ha querido hacerse cercana hasta el punto de ser confundida con los desechos de la sociedad, de forma que de la suciedad de la basura ha surgido la pureza de la Santa Madre de Dios, la Madre del Cielo. He conocido una interesante tradición mongola de la suun dalai jiji, la mamá del corazón grande como un océano de leche. Si en la narración de la Historia secreta de los mongoles, una luz que descendió a través de la abertura superior de la ger fecunda la mítica reina Alan Qo'a, así también ustedes pueden contemplar en la maternidad de la Virgen María la acción de la luz divina, que desde lo alto acompaña cada día los pasos de vuestra Iglesia.

Alzando la mirada a María, serán fortalecidos, viendo que la pequeñez no es un problema, sino una respuesta. Sí, Dios ama la pequeñez y le gusta hacer obras grandes a través de la pequeñez, como atestigua María (cf. *Lc* 1,48-49). Hermanos, hermanas, no tengan miedo de los números reducidos, de los éxitos que no llegan, de la relevancia que no aparece. No es este el camino de Dios. Miremos a María, que en su pequeñez es más grande que el cielo, porque ha acogido a Aquel que ni el cielo ni lo más alto del cielo puede contener (cf. *1 Re* 8,27). Hermanos y hermanas, encomendémonos a ella, pidiendo un celo renovado, un amor ardiente que no se cansa de testimoniar el Evangelio con alegría. Y sigan adelante, con valentía, no se cansen de avanzar. Muchas gracias por vuestro testimonio. Él, el Señor, los ha elegido y cree en ustedes, yo estoy con ustedes, y con todo el corazón les digo: gracias, gracias por vuestra vida gastada por el Evangelio. Continúen así, constantes en la oración, continúen creativos en la caridad, continúen firmes en la comunión, alegres y mansos en todo y con todos. Los bendigo de corazón y los recuerdo. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.



se ha gustado ese Dios que se hizo visible, tangible, perceptible en Jesús (cf. *Sal* 34). Sí, es Él la buena noticia destinada a todos los pueblos, el anuncio que la Iglesia no puede dejar de llevar, encarnándolo en la vida y "susurrándolo" al corazón de cada individuo y de cada cultura. Muchas veces, el lenguaje de Dios es un susurro lento, que toma su tiempo; Él habla así. Esta experiencia del amor de Dios en Cristo es pura luz que transfigura el rostro y lo hace a su vez resplandeciente. Hermanos y hermanas, la vida cristiana nace de la contemplación de este rostro, es una cuestión de amor, de encuentro cotidiano con el Señor en la Palabra y en el Pan de vida, en el rostro de los demás, en los necesitados, donde Cristo está presente. Eso nos lo has recordado tú, sor Salvia, con tu testimonio, ¡gracias! Hace más de veinte años que tú estás aquí y has aprendido a dialogar con este pueblo, gracias.

En estos treinta y un años de presencia en Mongolia, ustedes, queridos sacerdotes, consagrados, consagradas y agentes pastorales, han dado vida a una múltiple variedad de iniciativas caritativas que absorben la mayor parte de sus energías y reflejan el rostro misericordioso de Cristo buen samaritano. Es como su tarjeta de presentación, que les ha granjeado respeto y estima por los muchos benefi-

crituras y contemplándolo en silenciosa adoración— ante el sagrario, lo reconocerán en el rostro de aquellos a quienes sirven y sentirán transportados por una íntima alegría, que incluso en las dificultades deja paz en el corazón. Esto es lo que necesitamos—hoy y siempre—, no personas ocupadas y distraídas que llevan adelante proyectos, quizás con el riesgo de parecer amargadas a causa de una vida que no es ciertamente fácil, no. El cristiano es aquel que es capaz de adorar, adorar en silencio. Y después de esta adoración brota la actividad. Pero no olviden la adoración. Nosotros hemos perdido un poco el sentido de la adoración en esta época del pragmatismo. No se olviden de adorar y, desde la adoración, hagan las cosas. Es necesario volver a la fuente, al rostro de Jesús, a gustar de su presencia; es Él nuestro tesoro (cf. *Mt* 13,44), la perla preciosa por la cual vale la pena gastar todo (cf. *Mt* 13,45-46). Los hermanos y las hermanas de Mongolia, que tienen un noble sentido de lo sagrado y—como es típico en el continente asiático— una amplia y acrisolada historia religiosa, esperan de ustedes este testimonio, y saben reconocer su autenticidad. Es un testimonio que ustedes deben dar, porque el Evangelio no crece haciendo proselitismo, el Evangelio crece dando testimonio.

cordia y de verdad, capaz de promover el bien de todos.

Para llevar a cabo esta misión, Cristo ha dado a su Iglesia una estructura que recuerda la armonía que hay entre los distintos miembros del cuerpo humano. Él es la cabeza, es decir, la mente que sigue guiándola, infundiendo en el Cuerpo, o sea, en nosotros, su mismo Espíritu, que actúa sobre todo en esos signos de vida nueva que son los sacramentos. Para garantizar la autenticidad y la eficacia, ha instituido el orden sacerdotal, marcado por una íntima unión con Él, con Él que es el buen Pastor que da la vida por su rebaño. También tú, don Peter, has sido llamado para esta misión, gracias por haber compartido tu experiencia con nosotros. De ese modo también el santo Pueblo de Dios que peregrina en Mongolia posee la plenitud de los dones espirituales. Y en esta perspectiva los invito a ver en el obispo no un manager, sino la imagen viva de Cristo buen Pastor que reúne y guía a su pueblo; un discípulo colmado del carisma apostólico para que edifique vuestra fraternidad en Cristo y la radique cada vez más en esta nación con una noble identidad cultural. Además, el hecho de que vuestro obispo sea Cardenal añade una ulterior expresión de cercanía: todos ustedes, lejanos sólo físicamente, están muy cerca del corazón de Pedro; y toda la Iglesia

Papa Francisco en Mongolia

Encuentro ecuménico e interreligioso en el Teatro Hun de Ulán Bator

Ninguna confusión entre credo y violencia

La cerrazón y el fundamentalismo y arruinan la fraternidad, alimentan tensiones y ponen en peligro

La jornada del domingo 3 de septiembre se abrió con el encuentro ecuménico e interreligioso que tuvo lugar en el teatro Hun de Ulán Bator. Publicamos a continuación el discurso en italiano del Pontífice.

¡Buenos días a todos ustedes, queridos hermanos y hermanas!

Permítanme que me dirija a ustedes así, como un hermano en la fe de los creyentes en Cristo y como hermano de todos ustedes, en nombre de la común búsqueda religiosa y de la pertenencia a la misma humanidad. La humanidad, en su anhelo religioso, puede ser parangonada a una comunidad de peregrinos que camina en la tierra con la mirada puesta en el cielo. A este propósito, es significativo lo que un creyente, venido de lejos, afirmó de Mongolia, escribiendo que viajó por ella "sin ver nada más que el cielo y la tierra" (cf. Guillermo de Rubruquis, *Viaje por el Imperio mongol*, XIII/3). En efecto, el cielo de aquí, tan claro y tan azul como es, abraza esta tierra vasta e imponente, evocando las dos dimensiones fundamentales de la vida humana: la terrena, formada por las relaciones con los demás, y la celeste, constituida por la búsqueda del Otro, que nos trasciende. En definitiva, Mongolia nos recuerda la necesidad que tenemos todos nosotros, peregrinos y viajeros, de elevar la mirada hacia lo alto para encontrar la ruta del camino en la tierra.

Por eso me alegra estar con ustedes en este importante momento de encuentro. Agradezco vivamente a cada uno y cada una de ustedes por su presencia aquí y por las diferentes intervenciones que han enriquecido la reflexión común. El hecho de estar juntos en el mismo lugar ya es un mensaje. Las tradiciones religiosas, en su originalidad y diversidad, comportan una formidable potencialidad de bien al servicio de la sociedad. Si quien tiene la responsabilidad de las naciones eligiera el camino del encuentro y del diálogo con los demás, contribuiría sin duda de manera determinante a poner fin a los conflictos que siguen causando sufrimiento a tantos pueblos.

Quien nos ofrece hoy la oportunidad de estar juntos para conocernos y enriquecernos mutuamente es el amado pueblo mongol, que puede presumir de una historia de convivencia entre representantes de diversas tradiciones religiosas. Es hermoso recordar la virtuosa experiencia de la antigua capital imperial Karakórum, donde se albergaban lugares de culto pertenecientes a diferentes "credos", que daban testimonio de una armonía admirable. Armonía: quisiera subrayar esta palabra de sabor típica asiática. Esta se refiere a la relación particular que se crea entre realidades diferentes, sin superponerlas ni homologarlas, sino respetando las diferencias y en beneficio de la convivencia. Me pregunto: ¿quién, con más razón que los creyentes, está llamado a trabajar por la armonía de todos?

Hermanos, hermanas, por el modo en que logremos la armonía con los demás peregrinos sobre la tierra y en la forma que consigamos transmitir armonía, allí donde vivimos, se mide el valor social de nuestra religiosidad. Cada vida humana, en efecto, y con mayor razón cada religión, tiene que "medirse" en base al altruismo; no a un altruismo abstracto, sino concreto, que se traduzca en la búsqueda del otro y en la colaboración generosa con el otro, porque «el sabio se regocija dando. Él alcanzará la felicidad en esta tierra» (El Dhammapada: *El Sendero de la Realización Interior*, Buenos



Aires 2022, 80; cf. las palabras de Jesús referidas en Hch 20,35). Una oración, inspirada en san Francisco de Asís, recita: "Donde haya odio, que lleve yo el amor. Donde haya ofensa, que lleve yo el perdón. Donde haya discordia, que lleve yo la unión". El altruismo construye armonía y donde hay armonía hay entendimiento, hay prosperidad, hay belleza. Más aún, armonía es quizás el sinónimo más apropiado de belleza. Por el contrario, la cerrazón, la imposición unilateral, el fundamentalismo y la coerción ideológica arruinan la fraternidad, alimentan tensiones y ponen en peligro la paz. La belleza de la vida es fruto de la armonía; es comunitaria, se acrecienta con la amabilidad, con la escucha y con la humildad. Y puede comprenderla el corazón puro, porque "la verdadera belleza, después de todo, reside en la pureza del corazón" (cf. M.K. Gandhi, *El mio credo, el mio pensiero*, Roma 2019, 94).

Las religiones están llamadas a ofrecer al mundo esta armonía, que el progreso técnico por sí solo no puede dar, porque, apuntando sólo a la dimensión terrena y horizontal del hombre, corre el riesgo de olvidar el cielo para el cual hemos sido creados. Hermanas y hermanos, hoy estamos aquí juntos como humildes herederos de antiguas escuelas de sabiduría. Al reunirnos hoy, nos comprometemos a compartir todo ese bien que hemos recibido, para enriquecer a una humanidad que, en su caminar, a menudo se encuentra desorientada por miopes búsquedas de lucro y bienestar; y a menudo también es incapaz de volver a encontrar el hilo conductor. Volviendo así su mirada sólo a intereses terrenos, acaba arruinando la misma tierra, confundiendo el progreso con el retroceso, como lo muestran tantas injusticias, tantos conflictos, tantas devastaciones ambientales, tantas persecuciones, tanto descarte de la vida humana.

Asia tiene muchísimo que ofrecer en ese sentido, y Mongolia, que se encuentra en el corazón de este continente, custodia un gran patrimonio de sabiduría, que las religiones que aquí se difundieron han contribuido a crear, y que quisiera invitar a todos a redescubrir y valorar. Me limito a citar, aunque sin profundizarlos, diez aspectos de este patrimonio sapiencial. Diez aspectos: la

buena relación con la tradición, no obstante las tentaciones del consumismo; el respeto por los ancianos y los antepasados. ¡Cuánta necesidad tenemos de una alianza generacional entre ellos y los más jóvenes, de diálogo entre los abuelos y los nietos! Y, además, el cuidado por el ambiente, nuestra casa común, otra necesidad tremendamente actual. Estamos en peligro. Y también el valor del silencio y de la vida interior, antidoto espiritual para tantos males del mundo actual. Por tanto, un sano sentido de frugalidad; el valor de la acogida; la capacidad de resistir al apego a las cosas; la solidaridad, que nace de la cultura de los vínculos entre las personas; el aprecio por la sencillez. Y, por último, un cierto pragmatismo existencial, que tiende a buscar con tenacidad el bien del individuo y de la comunidad. Estos diez son algunos elementos del patrimonio de sabiduría que este país puede ofrecer al mundo.

A propósito de sus costumbres, he hablado ya de cómo, al prepararme para este viaje, me han fascinado las viviendas tradicionales con las que el pueblo mongol revela una sabiduría sedimentada a través de milenios de historia. La ger constituye, en efecto, un espacio humano. En su interior se desarrolla la vida de la familia, es lugar de convivencia amistosa, de encuentro y de diálogo en el que, aun cuando ya fuesen muchos, se sabe hacer espacio para alguien más. Y, además, es un punto de referencia concreto, fácilmente identificable en las inmensas extensiones del territorio mongol; es también motivo de esperanza para el que ha perdido el camino. Si hay una ger, hay vida. Se la encuentra siempre abierta, preparada para acoger al amigo, pero también al viajero e incluso al extranjero, para ofrecerles un té caliente que permita recobrar fuerzas en el frío invierno o una fresca leche fermentada que alivie las calurosas jornadas veraniegas. Esta es también la experiencia de los misioneros católicos, provenientes de otros países, que aquí son recibidos como peregrinos y huéspedes, y que entran con prudente tacto en este mundo cultural para ofrecer el humilde testimonio del Evangelio de Jesucristo.

Aún más, junto al espacio humano, la ger evoca la esencial apertura a lo divino. La dimensión espiritual de esta mo-

rada está representada por su apertura hacia lo alto, en donde se encuentra un solo punto desde el que entra la luz, formado por una claraboya segmentada. De ese modo, el interior se vuelve un gran reloj solar, donde se suceden luces y sombras, marcando las horas del día y de la noche. Hay una hermosa enseñanza en este aspecto: el sentido del tiempo que pasa proviene de lo alto, no del metro devenir de las actividades terrenas. Además, en ciertos momentos del año, el rayo que penetra de lo alto ilumina el altar familiar, recordando el primado de la vida espiritual. De esa manera, la convivencia humana que se realiza en el espacio circular remite constantemente a su vocación vertical, a su vocación trascendente, espiritual.

La humanidad reconciliada y próspera, que como representantes de diferentes religiones ayudamos a promover, está representada simbólicamente por ese estar juntos, armonioso y abierto a lo trascendente, donde el compromiso por la justicia y la paz encuentran su inspiración y su fundamento en la relación con lo divino. Aquí, queridos hermanas y hermanos, nuestra responsabilidad es grande, especialmente en esta hora de la historia, porque nuestro comportamiento está llamado a confirmar con

obras las enseñanzas que profesamos; de tal modo que no puede contradecirlas, convirtiéndose en motivo de escándalo. Que no haya, por tanto, ninguna confusión entre credo y violencia, entre sacralidad e imposición, entre camino religioso y sectarismo. Que la memoria de los sufrimientos padecidos en el pasado —pienso sobre todo en las comunidades budistas— nos dé la fuerza para transformar las heridas sombrías en fuentes de luz, la ignorancia de la violencia en sabiduría de vida, el mal que arruina en bien que construye. Que así sea para nosotros, discípulos entusiastas de los respectivos maestros espirituales y servidores conscientes de sus enseñanzas, dispuestos a ofrecer su belleza a cuantos acompañamos, como amigables compañeros de camino. Ojalá esto se cumpla, porque en las sociedades pluralistas que creen en los valores democráticos, como Mongolia, cada institución religiosa, reconocida normativamente por la autoridad civil, tiene el deber y, en primer lugar, el derecho de ofrecer aquello que es y aquello que cree, respetando la conciencia de los otros y teniendo como fin el mayor bien de todos.

En ese sentido, quiero confirmarles que la Iglesia católica desea caminar así, cre-

El Pontífice al finalizar la celebr

«Un caluroso saludo al noble

Al finalizar la misa, antes de impartir la bendición apostólica, el Papa Francisco quiso que estuvieran a su lado el cardenal John Tong Hon, obispo emérito de Hong Kong, y el ordinario actual, Stephen Chow Sau-yan, a los cuales estrechó las manos dirigiendo «un caluroso saludo al noble pueblo chino». Estas son sus palabras

Quisiera aprovechar la presencia de estos dos hermanos obispos, el emérito y el actual obispo de Hong-Kong, para enviar un caluroso saludo al noble pueblo chino. A todo ese pueblo le deseo lo mejor, que siga adelante y progrese siempre. Y a los católicos chinos les pido que sean buenos cristianos y buenos ciudadanos. A todos les doy las gracias.



La misa en la "Steppe Arena"

No hace falta riqueza o poder Sólo el amor apaga nuestra sed

cia

gro la paz

yendo firmemente en el diálogo ecuménico, en el diálogo interreligioso y en el diálogo cultural. Su fe se funda en el diálogo eterno entre Dios y la humanidad, encarnado en la persona de Jesucristo. Con humildad y con el espíritu de servicio que animó la vida del Maestro, que no vino al mundo «para ser servido, sino para servir» (Mc 10,45), la Iglesia ofrece hoy a cada persona y cultura el tesoro que ha recibido, permaneciendo en actitud de apertura y escucha de cuanto las otras tradiciones religiosas tienen para ofrecer. El diálogo, en efecto, no es antitético al anuncio; porque no elimina las diferencias, sino que ayuda a comprenderlas, las preserva en su originalidad y las hace capaces de confrontarse en pos de un enriquecimiento franco y recíproco. Así, en la humanidad bendecida por el Cielo, se puede encontrar la clave para caminar en la tierra. Hermanos y hermanas, tenemos un origen común, que confiere la misma dignidad a todos, y tenemos un camino compartido, que sólo podemos recorrer juntos, viviendo bajo el mismo cielo que nos cobija y nos ilumina.

Hermanos y hermanas, encontramos hoy aquí es un signo de que esperar es posible. Esperar es posible. En un mundo lastimado por luchas y discordias, eso podría parecer utópico; sin embargo, los proyectos más grandes comienzan en lo escondido, con dimensiones casi imperceptibles. El gran árbol nace de la semilla pequeña, oculta bajo la tierra. Y "el perfume de las flores no viaja contra el viento, pero sí lo hace la fragancia de la virtud. Quien es virtuoso perfuma todas las regiones de la tierra con su bondad" (cf. *El Dhammapada*, 40). Hagamos florecer esta certeza, porque nuestro esfuerzo común para dialogar y construir un mundo mejor no son vanos. Cultivemos la esperanza. Como dijo un filósofo: «Cada cual fue grande según el objeto de su esperanza: uno fue grande en la que atiende a lo posible; otro en la de las cosas eternas; pero el más grande de todos fue quien esperó lo imposible» (S.A. Kierkegaard, *Temor y temblor*, Buenos Aires 1958, 12). Que las oraciones que elevamos al cielo y la fraternidad que vivimos en la tierra alimenten la esperanza; que sean el testimonio sencillo y creíble de nuestra religiosidad, de nuestro caminar juntos con la mirada elevada hacia lo alto, de nuestro habitar este mundo en armonía —no olvidemos la palabra "armonía"—, como peregrinos llamados a proteger el ambiente hogareño, para todos. Gracias.

Por primera vez un Pontífice celebró la misa en tierra mongola. Sucedió el domingo 3 de septiembre en la Steppe Arena de Ulán Bator, donde el Papa Francisco presidió la Eucaristía en presencia de más de dos mil fieles llegados desde toda Mongolia y de otros países cercanos. Este es el texto de su homilía pronunciada en italiano.

Con las palabras del Salmo hemos rezado: «Oh Dios, [...] mi alma tiene sed de ti, por ti suspira mi carne como tierra sedienta, reseca y sin agua» (Sal 63,2). Esta estupenda invocación acompaña el viaje de nuestra vida, en medio de los desiertos que estamos llamados a atravesar. Y es precisamente en esa tierra árida donde llega hasta nosotros la buena noticia. En nuestro camino no estamos solos; nuestras sequedades no tienen el poder de hacer estéril para siempre nuestra vida; el grito de nuestra sed no permanece sin respuesta. Dios Padre ha enviado a su Hijo para darnos el agua viva del Espíritu Santo que apague la sed de nuestra alma (cf. Jn 4,10). Y Jesús —lo hemos escuchado hace un momento en el Evangelio— nos muestra el camino

de Dios", peregrinos en búsqueda de la felicidad, caminantes sedientos de amor. El desierto evocado por el salmista se refiere, entonces, a nuestra vida; somos nosotros esa tierra árida que tiene sed de un agua límpida, de un agua que apaga la sed profundamente. Es nuestro corazón el que desea descubrir el secreto de la verdadera alegría, la que incluso en medio de las sequedades existenciales, puede acompañarnos y sostenernos. Sí, arrastramos una sed inextinguible de felicidad, buscamos un significado y un sentido para nuestra vida, una motivación para las actividades que llevamos a cabo cada día; y sobre todo estamos sedientos de amor, porque sólo el amor apaga verdaderamente nuestra sed, nos hace estar bien —el amor nos hace estar bien—, nos abre a la confianza haciéndonos saborear la belleza de la vida. Queridos hermanos y hermanas, la fe cristiana responde a esta sed; la toma en serio; no la descarta, no intenta aplacarla con paliativos o sustitutos. Porque en esta sed está nuestro gran misterio; esta sed nos abre al Dios vivo, al

nuestra vida experimentamos el desierto, la soledad, el cansancio, la esterilidad, no debemos olvidar esto: «Pero a fin de que no desfallezcamos en este desierto —añade san Agustín—, Dios nos envió el rocío de su Palabra [...], [para] que de tal manera sintamos sed, que podamos beber [...]. Dios se ha compadecido de nosotros, y nos ha abierto un camino en el desierto: el mismo Señor nuestro Jesucristo —Él es el camino en desierto de la vida—; y nos ha brindado un consuelo en el desierto, enviándonos predicadores de su Palabra; nos dio a beber agua en el desierto, colmando del Espíritu Santo a sus predicadores, para que surgiese en ellos la fuente de agua que brota hasta la vida eterna» (ibíd., 3,8). Estas palabras, queridos hermanos, evocan nuestra historia. En el desierto de la vida, en el trabajo de ser una comunidad pequeña, el Señor no nos hace faltar el agua de su Palabra, especialmente a través de los predicadores y los misioneros que, ungidos por el Espíritu Santo, siembran su belleza. Y la Palabra siempre, siempre nos lleva a lo esencial, a lo esencial

mentalidad mundana, que no lleva a nada bueno, sino que además nos deja más secos que antes. Jesús, sin embargo, nos indica el camino: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará» (Mt 16,24-25).

Hermanos, hermanas, este es el mejor camino de todos: abrazar la cruz de Cristo. En el corazón del cristianismo se encuentra esta noticia desconcertante, y esta noticia extraordinaria: cuando pierdes tu vida, cuando la ofreces sirviendo con generosidad, cuando la arriesgas comprometiéndola en el amor, cuando haces de ella un don gratuito para los demás, entonces vuelve a ti abundantemente, derrama dentro de ti una alegría que no pasa, una paz en el corazón, una fuerza interior que te sostiene. Tenemos necesidad de paz interior. Esta es la verdad que Jesús nos invita a descubrir, que Jesús quiere revelar a todos, a esta tierra de Mongolia: para ser felices no hace



para apagar nuestra sed: es el camino del amor, que Él ha recorrido hasta el final, hasta la cruz, desde la cual nos llama a seguirlo "perdiendo la vida para encontrarla" nuevamente (cf. Mt 16,24-25). Detengámonos juntos en estos dos aspectos: la sed que nos habita y el amor que apaga la sed. Ante todo, estamos llamados a reconocer la sed que nos habita. El salmista grita a Dios la propia aridez porque su vida se asemeja a un desierto. Sus palabras tienen una resonancia particular en una tierra como Mongolia; un territorio inmenso, rico de historia, y una tierra rebosante de cultura, pero marcado también por la aridez de la estepa y del desierto. Muchos de ustedes están acostumbrados a la belleza y a la fatiga de tener que caminar, una acción que evoca un aspecto esencial de la espiritualidad bíblica, representado por la figura de Abraham y, más en general, algo distintivo del pueblo de Israel y de cada discípulo del Señor. Todos, todos nosotros, en efecto, somos "nóma-

Dios amor que viene a nuestro encuentro para hacernos hijos suyos y hermanos y hermanas entre nosotros. Y llegamos así al segundo aspecto: el amor que apaga la sed. El primero era nuestra sed, existencial, profunda, y ahora reflexionamos sobre el amor que apaga nuestra sed. Este es el contenido de la fe cristiana: Dios, que es amor, en su Hijo Jesús se ha hecho cercano a ti, a mí, a todos nosotros. Él desea compartir tu vida, tus trabajos, tus sueños, tu sed de felicidad. Es verdad, a veces nos sentimos como una tierra sedienta, reseca y sin agua, pero también es verdad que Dios se hace cargo de nosotros y nos ofrece el agua límpida que apaga la sed, el agua viva del Espíritu que, brotando en nosotros, nos renueva y nos libra del peligro de la sequedad. Esta agua nos la da Jesús. Como afirma san Agustín, «si nos reconocemos como sedientos, nos reconocemos también como quienes bebemos» (*Comentarios a los Salmos*, 62,3). Efectivamente, si tantas veces en

de la fe: dejamos amar por Dios para hacer de nuestra vida una ofrenda de amor. Porque sólo el amor apaga verdaderamente nuestra sed. No lo olvidemos: sólo el amor apaga verdaderamente nuestra sed. Es lo que Jesús dice, con un tono fuerte, al apóstol Pedro en el Evangelio de hoy. Él no acepta el hecho de que Jesús tenga que sufrir, ser acusado por los jefes del pueblo, pasar por la pasión para después morir en la cruz. Pedro reacciona, Pedro protesta, quisiera convencer a Jesús de que se equivoca, porque según él —y a menudo también nosotros pensamos así— el Mesías no puede acabar derrotado, de ningún modo puede morir crucificado, como un delincuente abandonado por Dios. Pero el Señor reprende a Pedro, porque su modo de pensar es "el de los hombres" —dice el Señor— y no el de Dios (cf. Mt 16,21-23). Si pensamos que para apagar la sed de la aridez de nuestra vida sean suficientes el éxito, el poder, las cosas materiales, esta es una

falta ser grandes, ricos o poderosos. Sólo el amor apaga la sed de nuestro corazón, sólo el amor cura nuestras heridas, sólo el amor nos da la verdadera alegría. Y este es el camino que Jesús nos ha enseñado y ha abierto para nosotros. Entonces, también nosotros, hermanos y hermanas, escuchemos la palabra que el Señor dice a Pedro: «Ve detrás de mí» (Mt 16,23), es decir: sé mi discípulo, realiza el mismo camino que hago yo y no pienses más como el mundo. De ese modo, con la gracia de Cristo y del Espíritu Santo, podremos transitar por el camino del amor. Incluso cuando amar conlleve negarse a sí mismos, luchar contra los egoísmos personales y mundanos, atreverse a vivir fraternalmente. Porque si es verdad que todo esto cuesta esfuerzo y sacrificio, y a veces implique tener que subir a la cruz, no es menos cierto que cuando perdemos la vida por el Evangelio, el Señor nos la da en abundancia, llena de amor y alegría, para la eternidad.

ación
pueblo chino»



Papa Francisco en Mongolia

Las palabras finales dirigidas a los presentes

Semillas de paz en un mundo asolado por conflictos



Al finalizar la misa, después del saludo dirigido «al noble pueblo chino», el Papa saludó a los presentes con estas palabras.

Gracias por sus palabras, Eminencia, y gracias por vuestro regalo. Usted ha dicho que en estos días han podido experimentar mi afecto hacia el Pueblo de Dios que peregrina en Mongolia. Es verdad, he venido a esta peregrinación con gran expectativa, con el deseo de encontrarme con ustedes y de conocerlos, y ahora agradezco a Dios por ustedes; porque, por medio de ustedes, Él se complace en realizar cosas grandes en la pequeñez. Gracias, porque son buenos cristianos y ciudadanos honestos. Sigán adelante, con mansedumbre y sin miedo, sintiendo la cercanía y el aliento de toda la Iglesia, y sobre todo la mirada tierna del Señor, que no se olvida de nadie y mira con amor a cada uno de sus hijos.

Saludo a los hermanos obispos, a los sacerdotes, consagrados y consagradas, y a todos los amigos que han venido de diferentes países, en particular de distintas regiones del inmenso continente asiático, en el que me siento honrado de estar y que abrazo con gran estima. Expreso un agradecimiento particular a las personas que colaboran con la Iglesia local, sosteniéndola espiritual y materialmente.

Durante estos días, significativas delegaciones del gobierno han estado presentes en cada evento. Agradezco al señor Presidente y a las demás autoridades por la acogida y la cordialidad, así como también por todo el trabajo de preparación que han realizado. He podido experimentar vuestra tradicional cordialidad: gracias.

Saludo de corazón, además, a los hermanos y hermanas de otras confesiones cristianas y religiones. Sigamos creciendo juntos en la fraternidad, como semillas de paz en un mundo tristemente asolado por tantas guerras y conflictos. Y quisiera dedicar un recuerdo agradecido a todos aquellos que han trabajado, tanto y desde hace tanto tiempo, para hacer hermoso y para hacer posible este viaje, y a cuantos lo han preparado con la oración.

Eminencia, nos ha recordado que la palabra "gracias" en lengua mongola deri-

va del verbo "alegrarse". Mi "gracias" está en sintonía con esta maravillosa intuición de la lengua local, porque está lleno de alegría. Es un "gracias" grande a ti, pueblo mongol, por el don de la amistad que he recibido en estos días, por tu auténtica capacidad de valorar también los aspectos más sencillos de la vida, de custodiar con sabiduría las relaciones y las tradiciones, de cultivar la cotidianidad con cuidado y atención. La Misa es acción de gracias, "Eucaristía". Celebrarla en esta tierra me ha hecho recordar la oración del padre jesuita Pierre Teilhard de Chardin, elevada a Dios hace exactamente cien años, en el desierto de Ordos, no muy lejos de aquí. Dice así: «Me prosterno, Dios mío, ante tu Presencia en el Universo, que se ha hecho ardiente, y en los rasgos de todo lo que encuentre, y de todo lo que me suceda, y de todo lo que realice en el día de hoy, te deseo y te espero». El padre Teilhard trabajaba en investigaciones geológicas. Deseaba ardientemente celebrar la Santa Misa, pero no tenía consigo ni pan ni vino. Fue entonces cuando compuso su "Misa sobre el mundo", expresando su ofrenda de este modo: «Recibe, Señor, esta Hostia total que la Creación, atraída por Ti, te presenta en esta nueva aurora». Y una oración similar había nacido ya en él durante la Primera guerra mundial, mientras estaba en el frente, ejerciendo como camillero. Este sacerdote, a menudo incomprendido, había intuido que «la Eucaristía se celebra, en cierto sentido —en cierto sentido—, sobre el altar del mundo» y que es «el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable» (Carta enc. *Laudato si'*, 236), incluso en un tiempo de tensiones y de guerras como el nuestro. Recemos hoy, por tanto, con las palabras del padre Teilhard: «Verbo resplandeciente, Potencia ardiente, Tú que amasas lo múltiple para infundirle tu vida, abate sobre nosotros, te lo ruego, tus manos poderosas, tus manos previsoras, tus manos omnipresentes». Hermanos y hermanas de Mongolia, gracias por su testimonio, *bayarlalaa!* [¡gracias!]. Que Dios los bendiga. Están en mi corazón y permanecen en él. Acuérdense de mí, por favor, en sus oraciones y en sus pensamientos. Gracias.

El verdadero progreso de

El último encuentro público del Papa en Mongolia el pasado lunes por la mañana, 4 de septiembre, fue el encuentro con los operarios de la caridad en la Casa de la Misericordia en Ulán Bator. A continuación el texto del discurso pronunciado en italiano por el Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas: ¡Buenos días!

Les agradezco de corazón la acogida, el canto y la danza, así como sus palabras de bienvenida y sus testimonios, los cuales creo que bien pueden resumirse con algunas palabras de Jesús: «Tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber» (Mt 25,35). De este modo, el Señor nos ofrece el criterio para reconocerlo, para reconocerlo presente en el mundo y la condición para entrar en la alegría definitiva de su Reino en el momento del juicio final.

Desde sus orígenes, la Iglesia se tomó en serio esta verdad, demostrando con obras que la dimensión caritativa fundamenta su identidad. La dimensión caritativa funda la identidad de la Iglesia. Pienso en los relatos de los Hechos de los Apóstoles, en las numerosas iniciativas adoptadas por la primera comunidad cristiana para realizar las palabras de Jesús, dando vida a una Iglesia construida sobre cuatro columnas: la comunión, la liturgia, el servicio y el testimonio. Es maravilloso ver que, después de tantos siglos, el mismo espíritu impregna la Iglesia en Mongolia. En su pequeñez, esta vive de la comunión fraterna, de la oración, del servicio desinteresado a la humanidad que sufre y del testimonio de la propia fe. Precisamente como las cuatro columnas que sostienen el centro de la parte superior de las grandes ger, permitiendo que la estructura se sostenga y ofrezca un espacio acogedor en su interior.

Aquí estamos, por tanto, en esta casa que ustedes han construido y que hoy tengo la alegría de bendecir e inaugurar. Es una expresión concreta de ese hacerse cargo del otro en el que los cristianos se reconocen; porque donde hay acogida, hospitalidad y apertura a los demás se respira el buen olor de Cristo (cf. 2 Co 2,15). El gastarse por el prójimo, por su salud, sus necesidades básicas, su formación y su cultura, pertenece desde los inicios a esta vivaz porción del Pueblo de Dios. Desde que los primeros misioneros llegaron a Ulán Bator en los años noventa, sintieron inmediatamente la llamada a la caridad, que los llevó a hacerse cargo de la infancia desamparada, de los hermanos y hermanas sin hogar, de los enfermos, de las personas con discapacidades, de los presos y de quienes, en su situación de sufrimiento, pedían ser acogidos.

Hoy vemos cómo de esas raíces ha crecido un tronco, han brotado ramas y han crecido muchos frutos: numerosas y laudables iniciativas benéficas, desarrolladas en proyectos a largo plazo, llevadas adelante en su mayoría por los diversos Institutos misioneros aquí presentes y valorados por la población y las autoridades civiles. Por otra parte, fue el mismo gobierno mongol el que pidió la ayuda de los misioneros católicos para afrontar las numerosas emergencias sociales de un país que en ese tiempo se hallaba en una delicada fase de transición política, marcada por una pobreza generalizada. En estos proyectos están comprome-

tidos hasta el día de hoy misioneros y misioneras procedentes de muchos países, que ponen al servicio de la sociedad mongola sus conocimientos, su experiencia, sus recursos y sobre todo su amor. A ellos, y a cuantos colaboran con estas numerosas obras de bien, se dirige mi admiración y mi más sentido "gracias".

La Casa de la Misericordia se propone como punto de referencia para un gran número de acciones caritativas; manos tendidas hacia los hermanos y hermanas que tienen dificultad para navegar en medio de los problemas de la vida. Es una especie de puerto donde atracar, donde poder encontrar escucha y comprensión. Pero esta nueva iniciativa, que se agrega a tantas otras que sostienen las diferentes instituciones católicas, representa una versión inédita: aquí, en efecto, es la Iglesia particular la que lleva adelante la obra, con la sinergia de todos los elementos misioneros, pero con una clara identidad local, como genuina expresión de la Prefectura apostólica en su conjunto. Y me gusta mucho el nombre que han querido darle: Casa de la Misericordia. En estas dos palabras está la definición de la Iglesia, que está llamada a ser hogar acogedor donde todos pueden experimentar un amor superior, que mueve y conmueve el corazón; el amor tierno y providente del Padre, que nos quiere en su casa como hermanos y hermanas. Deseo entonces que todos puedan encontrarse en torno a esta realización, que las diversas comunidades misioneras participen en ella activamente, destinando personal y recursos.

Para que eso se realice es indispensable el voluntariado, es decir, el servicio, puramente gratuito y desinteresado, que las personas libremente deciden ofrecer a quienes lo necesitan; no en base a una compensación económica o cualquier otra forma de retribución individual, sino por puro amor al prójimo. Este es el estilo de servicio que Jesús nos ha enseñado al decir: «Han recibido gratuitamente, den también gratuitamente» (Mt 10,8). Servir de este modo parece una mala apuesta, pero al arriesgar se descubre que lo que se da sin esperar recompensa no es en vano; más bien, se convierte en una gran riqueza para el que ofrece tiempo y energías. La gratuidad, en efecto, aligera el alma, sana las heridas del corazón, acerca a Dios, desvela la fuente de la alegría y nos mantiene interiormente jóvenes. En este país lleno de jóvenes, dedicarse al voluntariado puede ser un camino decisivo de crecimiento personal y social.

Es además un hecho que, también en las sociedades altamente tecnolizadas y con un elevado nivel de vida, el sistema de previsión social por sí solo no es suficiente para suministrar todos los servicios a los ciudadanos, si no hay adicionalmente grupos de voluntarios y voluntarias que dediquen tiempo, capacidad y recursos por amor a los demás. El verdadero progreso de las naciones, en efecto, no se mide en base a la riqueza económica ni mucho menos a los que invierten en la ilusoria potencia de los armamentos, sino a la capacidad de hacerse cargo de la salud, la educación y el crecimiento integral de la gente. Quisiera, por tanto, animar a todos los ciudadanos mongoles, conocidos por su magnanimidad y capacidad de abnegación, a comprometerse en el voluntariado, poniéndose a disposición de los de-

El encuentro



con los operadores de la caridad e inauguración de la “Casa de la misericordia”

una nación está en la salud y en la educación



más. Aquí, en la Casa de la Misericordia, tienen un "gimnasio" siempre abierto donde ejercitar sus deseos de bien y entrenar el corazón. Por último, quisiera refutar algunos "mitos". En primer lugar, aquel por el cual sólo las personas pudientes pueden comprometerse en el voluntariado. Esto es una "fantasía". La realidad dice lo contrario: no es necesario ser ricos para hacer el bien, es más, casi siempre son las personas comunes las que dedican tiempo, conocimientos y corazón para ocuparse de los demás. Un segundo mito que se debe desmontar es aquel por el cual la Iglesia católica, que se distingue en el mundo por su gran compromiso en obras de promoción social, hace todo esto por proselitismo, como si ocuparse de los otros fuera una forma de convencerlos y ponerlos "de su lado". No, la Iglesia no avanza por proselitismo, avanza por atracción. Los cristianos reconocen a quienes pasan necesidad y hacen lo posible para aliviar sus sufrimientos porque allí ven a Jesús, el Hijo de Dios, y en Él la dignidad de toda persona, llamada a ser hijo o hija de Dios. Me gusta imaginar esta Casa de la Misericordia como el lugar donde personas de "credos" diferentes, y también no creyentes, unen los propios esfuerzos a los de los católicos locales para socorrer con compasión a tantos hermanos y hermanas en humanidad. Esta es la palabra, compasión: capacidad de sufrir con el otro. Y el Estado sabrá custodiar y promover esto adecuadamente. De hecho, para que se realice este sueño es indispensable, aquí y en cualquier otro sitio, que quien posee la responsabilidad pública favorezca tales iniciativas humanitarias, dando prueba de una sinergia virtuosa para el bien común. Por último, un tercer mito a desmentar es aquel según el cual lo que cuenta serían sólo los medios económicos, como si el único modo para hacerse cargo de los demás fuera la contratación de personal asalariado y el equipamiento de grandes estructuras. Ciertamente, la caridad requiere profesionalidad, pero las iniciativas benéficas no deben convertirse en empresas, sino conservar la frescura de las obras de caridad, donde quien pasa necesidad encuentre personas capaces de escucha, capaces de compasión, más allá de cualquier tipo de retribución. En otras palabras, para hacer realmente el bien, lo indispensable es un corazón bueno, un corazón determinado a buscar lo que es mejor para el otro. Comprometerse sólo a cambio de una remuneración no es amor verdadero; porque sólo el amor vence el egoísmo y hace que el mundo avance. A este propósito, quiero concluir recordando un episodio relacionado con santa Teresa de Calcuta. Parece ser que una vez un periodista, mirándola inclinarse sobre la herida maloliente de un enfermo, le dijo: "Lo que ustedes hacen es hermosísimo, pero personalmente no lo haría ni por un millón de dólares". La Madre Teresa le respondió: "Tampoco yo lo haría por un millón de dólares; ¡lo hago por amor a Dios!". Pido que este estilo de gratitud sea el valor agregado de la Casa de la Misericordia. Por todo el bien que han hecho y que harán, les agradezco de corazón —¡gracias, muchas gracias!— y los bendigo. Y, por favor, tengan también la caridad de rezar por mí. Gracias.

Papa Francisco en Mongolia

El encuentro con los periodistas

El Sínodo es espacio de diálogo y oración

En la Iglesia la verdadera doctrina no está desligada

En el vuelo que desde Ulán Bator llevó de regreso a Roma el lunes 4 de septiembre, el Papa Francisco respondió, como es habitual en la conclusión de los viajes internacionales, a las preguntas que le dirigieron los periodistas acreditados. Introduciendo el coloquio, el director de la oficina de prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni, dijo entre otras cosas: «Gracias, Santidad, por estos días intensos de encuentro con este pequeño pueblo rico en cultura en una tierra grande, como usted la ha llamado; y también con una comunidad cristiana viva, que da testimonio de su fe con frescura». A continuación publicamos integralmente las palabras del Pontífice.

Papa Francisco – Buenos días a todos y gracias por la compañía. Gracias por el trabajo que han hecho, mostrando con los medios de comunicación también la cultura de este pueblo, su historia. Muchas gracias.

Jargalsaikhan Dambadarjaa [The Defacto Gazette] – Muchas gracias, Santidad, por su visita a Mongolia. Mi pregunta es: ¿cuál era su principal objetivo con esta visita, y está satisfecho con el resultado?

Sí, la idea de visitar Mongolia surgió pensando en la pequeña comunidad católica. Hago estos viajes para visitar a las comunidades católicas y también para entrar en diálogo con la historia y la cultura de la gente, con el misticismo [espíritu] de un pueblo. Es importante que la evangelización no sea concebida como proselitismo, porque el proselitismo siempre restringe. El Papa Benedicto dijo que la fe no crece por proselitismo, sino por atracción. El anuncio del Evangelio entra en diálogo con la cultura. Hay una evangelización de la cultura y también una inculturación del Evangelio. Porque los cristianos también expresan sus valores con la cultura de su propio pueblo. Y esto es lo contrario de lo que sería una colonización religiosa. Para mí, el viaje era conocer a este pueblo, entrar en diálogo con este pueblo, recibir la cultura de este pueblo y acompañar a la Iglesia en su camino en este pueblo, con mucho respeto por la cultura del pueblo. Y estoy satisfecho de los resultados.

Ulamadrakh Markhaakhuu [ULS Suld Tv] – Hoy en día, los conflictos entre civilizaciones sólo pueden resolverse mediante el diálogo, como usted, Santidad, lo ha dicho. ¿Puede ser Ulán Bator la plataforma para un diálogo internacional entre Europa y Asia?

Yo creo que sí. Ustedes tienen algo muy interesante, que también favorece este diálogo. Permítanme llamarlo la "mística

del tercer vecino", que les mantiene en una política de "tercer vecino". Piensan que Ulán Bator es la capital de un país muy alejado del mar, y podemos decir que su tierra está entre dos grandes potencias, Rusia y China. Y por eso vuestra mística es intentar dialogar también con los "terceros vecinos"; no por desprecio a estos dos, porque tienen buenas relaciones con ambos, sino por un anhelo de universalidad, de mostrar sus valores al mundo entero, y también de recibir de los demás sus valores, para que esto los lleve al diálogo. Es interesante que en la historia, salir a buscar otras tierras se confundió muchas veces con colonialismo, o con en-

tendidos más. Que los ciudadanos chinos no piensen que la Iglesia no acepta su cultura y sus valores, y que la Iglesia depende de otra potencia extranjera. Y este camino amistoso lo está haciendo bien la comisión presidida por el cardenal Parolin; están haciendo un buen trabajo, también por parte de China están haciendo un buen trabajo; las relaciones están así, en camino, digámoslo en una palabra. Tengo un gran respeto por el pueblo chino.

Matteo Bruni – Se trataba de Zuppi, si hay alguna noticia sobre la misión del cardenal Zuppi. Eso fue lo que dije al principio. Sigamos adelante.

Gerard O'Connell [America Magazine] – Santidad, dado que las relaciones entre la Santa Sede y Vietnam son bastante positivas, han dado un notable paso adelante recientemente, muchos católicos vietnamitas piden que usted les visite, como hizo en Mongolia. Mi pregunta es: ¿existe ahora la posibilidad de que visite Vietnam, hay alguna invitación del gobierno para ello? Y ¿qué otros viajes tiene previstos? Muchas gracias.

Vietnam es una de las experiencias de diálogo más hermosas que ha tenido la Iglesia en los últimos tiempos. Yo diría que, no sé, es como una simpatía en el diálogo. Ambas partes han tenido la buena voluntad de entenderse y buscar caminos para avanzar. Ha habido problemas, pero en Vietnam veo que tarde o temprano los problemas se superan. Hace poco encontré el Presidente de Vietnam y hemos hablado con libertad. Veo con muy buenos ojos las relaciones con Vietnam. Hace años que se trabaja bien en este sentido.

Recuerdo – creo que hace cuatro años – que un grupo de parlamentarios vietnamitas vino a visitar al Papa; tuvimos un diálogo agradable con ellos, muy respetuoso. Cuando una cultura se abre, hay posibilidad de diálogo; si en cambio hay cerrazón o sospecha, el diálogo es muy difícil. Con Vietnam diría que el diálogo está abierto, con sus altibajos, pero está abierto y poco a poco vamos avanzando. Ha habido algunos problemas, pero se han resuelto.

Luego los viajes a Vietnam: si no voy yo, seguro que irá Juan XXIV. Es seguro que irá, porque es una tierra que merece seguir adelante, que tiene mi simpatía. Otros viajes: Marsella; y luego hay uno en un pequeño país de Europa que estamos viendo si podemos hacerlo. Pero, te diré la verdad, para mí hacer un viaje ahora no es tan fácil como al principio, hay limitaciones para caminar y eso lo condiciona. Pero vamos a ver.

Fausto Gasparoni [ANSA] – Santidad, le hago esta pregunta en nombre del grupo de lengua italiana. Recientemente han suscitado debate ciertas declaraciones suyas dirigidas a jóvenes católicos rusos sobre la gran madre Rusia, el legado de figuras como Pedro el grande y Catalina II. Unas declaraciones que, digamos, han irritado mucho, por ejemplo, a los ucranianos, han tenido también consecuencias en el ámbito diplomático y se han visto casi como una exaltación del imperialismo ruso y una especie de aval a las políticas de Putin. Quería preguntarle a usted, ¿por qué sintió la necesidad de hacer estas declaraciones, si consideró oportuno hacerlas, si las repetiría; y también, en aras de la claridad, si puede decirnos qué piensa de los imperialismos y, en particular, del imperialismo ruso.

Tomemos en consideración donde se hizo: fue en un diálogo con jóvenes rusos. Al final del diálogo les di un mensaje, un mensaje que siempre repito: que se hagan cargo de su herencia. Esto primero: que se hagan cargo de su he-



rar para dominar. En cambio ustedes, con la mística del tercer vecino, tienen esta filosofía de salir a buscar para dialogar. Me gustó mucho esta expresión del "tercer vecino". Es una riqueza que ustedes tienen.

Cristina Cabrejas [EFE] – Buenos días, Papa Francisco. Esta es una pregunta del grupo de lengua española. Papa Francisco, ayer usted envió un mensaje al pueblo chino, y pidió a los ca-

ción por el pueblo chino, es muy abierto, digamos. Para el nombramiento de obispos hay una comisión que trabaja con el gobierno chino y el Vaticano, desde hace tiempo; es un diálogo. Y luego hay algunos sacerdotes católicos o intelectuales católicos que son invitados a las universidades chinas para enseñar. Hay un discurso abierto, en ese sentido. Creo que tenemos que ir más allá en el aspecto religioso, para enten-



rencia. Lo mismo digo en todas partes. Y con esta visión también intento hacer el diálogo entre abuelos y nietos: que los nietos se hagan cargo de la herencia. Esto lo digo en todas partes, y este ha sido el mensaje. Un segundo paso, explicitar la herencia: he dicho lo de la gran Rusia, porque la herencia rusa es muy buena, es muy hermosa. Piensan en el campo de la literatura, en el campo de la música, hasta llegar a un Dostoievski que hoy nos habla de un humanismo maduro; se ha asumido este humanismo, que se ha desarrollado, en el arte y en la literatura. Este sería un segundo plano, de cuando hablé de la herencia. El tercero, tal vez no ha sido feliz, pero hablando de la gran Rusia en el sentido no tanto de la geografía, sino de la cultura, me acordé de lo que nos enseñaron en la escuela: Pedro I, Catalina II, y ha sido este tercer aspecto, que quizá no sea del todo correcto, no lo sé, que nos lo digan los historiadores, pero fue un añadido que se me ocurrió porque lo había estudiado en la escuela. Pero lo que les dije a los jóvenes rusos es que se



as durante el vuelo de regreso

ón donde no hay lugar para la ideología

a de la realidad sino arraigada en el pueblo de Dios



ese pueblo. Y esto lo digo para todos, también para la Iglesia: a veces se instalan ideologías dentro de la Iglesia, que separan a la Iglesia de la vida que surge de la raíz y va hacia arriba; separan a la Iglesia de la influencia del Espíritu Santo. Una ideología es incapaz de encarnarse, es sólo una idea. Pero cuando la ideología toma fuerza y se convierte en política, suele convertirse en dictadura, se vuelve incapaz de dialogar, de avanzar con las culturas. Y los imperialismos hacen esto. El imperialismo siempre se consolida sobre la base de una ideología. Hay que distinguir también en la Iglesia entre doctrina e ideología: la verdadera doctrina nunca es ideológica, nunca; está enraizada en el santo pueblo fiel de Dios; en cambio la ideología está desvinculada de la realidad, desvinculada del pueblo. No sé si he respondido.

Robert Messner [DPA] — Buenos días. Tengo una pregunta sobre la actualización de su encíclica Laudato si'. Quería preguntarle si su implicación en la protección del medio ambiente y esta actualización pueden entenderse quizá como una muestra de solidaridad con grupos de activistas medioambientales como la "Última generación", estos que hacen protestas espectaculares. ¿Puede entenderse como una muestra de solidaridad, y tal vez haya también un mensaje en esta actualización para los jóvenes activistas, los jóvenes que salen a la calle? Muchas gracias.

De alguna manera en general, no estoy de acuerdo con estos extremistas. Pero los jóvenes están preocupados, ¡porque es su futuro! Un buen científico, un italiano, cuando tuvimos una reunión en la Academia [de Ciencias] hizo un bonito discurso y terminó así: "No me gustaría que mi nieta, que nació ayer, viviera en un mundo tan feo dentro de treinta años". Los jóvenes piensan en el futuro. Y en ese sentido me gusta que luchen bien. Pero, cuando una ideología o una presión política se impone o se utiliza para eso, no está bien. Mi Exhortación apostólica, que saldrá el día de san Francisco, el 4 de octubre, es un repaso de lo que ha pasado desde la Cop de París, que quizás ha sido la más fructífera hasta la fecha. Hay algunas noticias sobre algún Cop y sobre algunas cosas que todavía no se han resuelto y hay urgencia por resolverlas. No es tan extensa como la Laudato si', pero es un hacer avanzar a Laudato si' en cosas nuevas. Y también es un análisis de la situación.

Etienne Loraillère [KTO Tó] Buenos días, Santidad. Usted desea una Iglesia sinodal, en Mongolia y en el mundo. La asamblea de octubre es ya el fruto del trabajo del pueblo de Dios. ¿Cómo pueden participar en esta etapa los bautizados de todo el mundo? ¿Cómo evitar la polarización ideológica? ¿Y podrán los participantes hablar y compartir públicamente lo que están viviendo, para caminar con ellos? ¿O todo el proceso será secreto? Gracias.

Usted ha hablado de cómo evitar las presiones ideológicas: es lo mismo. En el Sínodo no hay lugar para la ideología, es otra dinámica. El Sínodo es diálogo, entre los bautizados, entre los miembros de la Iglesia, sobre la vida de la Iglesia, sobre el diálogo con el mundo, sobre los problemas que afectan hoy a la humanidad. Pero cuando se piensa de manera ideológica, ¡se acaba el Sínodo! En el Sínodo no hay lugar para la ideología; hay lugar para el diálogo, para confrontarse entre hermanos y hermanas y para confrontarse con la doctrina de la Iglesia. Y para avanzar. Luego, quiero subrayar que este Sínodo no es una invención mía: fue san Pablo VI, cuando terminó el Concilio Vati-

cano II, quien se dio cuenta de que en Occidente, la Iglesia occidental, digamos, había perdido la dimensión sinodal. La Iglesia de Oriente la tiene. Por eso creó la Secretaría del Sínodo de los Obispos, que en estos sesenta años ha llevado la reflexión de manera sinodal, con un progreso continuo, avanzando. Cuando se cumplieron 50 años de esta decisión de san Pablo VI, publiqué, firmé un documento sobre lo que es el Sínodo, sobre lo que se ha hecho. Y ahora



ha avanzado, ha madurado más, y por eso me pareció muy bien tener un Sínodo sobre la sinodalidad en la Iglesia — que no es una moda, es una cosa antigua, la Iglesia oriental la ha tenido siempre —: cómo vivir la sinodalidad y vivirla como cristiano, como decía antes, sin caer en ideologías. No sé si he respondido a eso o había algo más.

Etienne Loraillère — ¿El proceso de la asamblea será secreto o no?

Hay algo que debemos preservar: el ambiente sinodal. Esto no es un programa de televisión en el que hablamos de todo. No. Hay un momento religioso, hay un momento de intercambio religioso. Dense cuenta que en los discursos sinodales cada uno habla durante tres o cuatro minutos, y luego hay tres o cuatro minutos de silencio para la oración. Luego otros tres, y oración. Sin este espíritu de oración no hay sinodalidad, es política, hay parlamentarismo. El Sínodo no es un parlamento. Sobre el secreto: hay un departamento dirigido por el doctor Ruffini, que está aquí, que hará los comunicados de prensa sobre la marcha del Sínodo. En un Sínodo hay que custodiar la religiosidad y mantener la libertad de las personas que hablan. Por eso hay una comisión, presidida por el Dr. Ruffini, que hará la información sobre el desarrollo del Sínodo.

Antonio Pelayo [Vida Nueva] Santo Padre, usted acaba de hablar del Sínodo y todos estamos de acuerdo con usted en que este Sínodo suscita mucha curiosidad e interés. Pero lamentablemente también suscita muchas críticas, que provienen de los ambientes católicos; quiero referirme a un libro prologado por el cardenal Burke, que dice que el Sínodo es la caja de Pandora de la que saldrán todas las calamidades para la Iglesia. ¿Qué opina de esta postura? ¿Y cree que será una postura superada por la realidad o que condicionará el Sínodo?

No sé si lo he dicho ya otras veces. Hace

unos meses llamé a una Carmelita: "¿Cómo están las monjas, madre superiora?", le dije a la Priora que me contestó. Y al final me dice — una carmelita no italiana —: "Santidad, tenemos miedo con el Sínodo". "¿pero, qué paso? ¿quieren enviar una monja al Sínodo?", le dije bromeando. Ella dice: "No, tenemos miedo de que nos cambien la doctrina". Eso es lo que dice ella; existe esta idea. Pero si vas a la raíz de estas ideas, encontrarás ideologías. Siempre, cuan-

decir: "Hoy la reflexión va por aquí, va por allá", y transmitir el espíritu eclesial, no el espíritu político. Un parlamento es diferente de un sínodo. No olviden que el protagonista del Sínodo es el Espíritu Santo. Y cómo hay que transmitir eso, para eso hay que transmitir el desarrollo eclesial. Pero gracias, gracias por tener el valor de decirlo.

Vincenzo Romeo [RAI TG 2] Buenos días, Santidad. Usted es el Papa de las periferias, y las periferias, especialmente en Italia y en este mo-

do en la Iglesia se quiere atacar el camino de la comunión, lo que atacan siempre es una ideología. Y acusan a la Iglesia de esto o de aquello, pero nunca la acusan de lo que es verdad: que es pecadora. Nunca dicen: "Es pecadora". Defienden una "doctrina", entre comillas, que es una doctrina como el agua destilada, no sabe a nada, y no es la verdadera doctrina católica, que está en el Credo. Es que muchas veces la verdadera doctrina católica escandaliza, como escandaliza la idea de que Dios se hizo carne, que Dios se hizo hombre, que la Virgen conservó su virginidad. Esto escandaliza. La doctrina católica a veces escandaliza. Las ideologías son todas destilaciones, nunca escandalizan.

Cindy Wooden [CNS] Buenos días, Santidad. Me gustaría seguir un poco la pregunta de mi colega francés sobre el Sínodo y la información. Numerosos fieles laicos han dedicado tiempo, han rezado, se han involucrado hablando, escuchando. Quieren saber lo que ocurre durante el Sínodo, la asamblea. Y usted habló de su experiencia del Sínodo sobre los religiosos, durante el cual algunos del Sínodo habían dicho "no pongas esto", "pon esto otro", "no puedes decir esto". Como nosotros, los periodistas, si no tenemos acceso al menos a la asamblea y a las sesiones generales, ¿cómo podemos estar seguros de que lo que se nos da como "papilla" (información) es verdad? ¿No hay la posibilidad de que sea un poco más abiertos con los periodistas?

No, está muy abierto, querida, ¡está muy abierto! Hay una comisión presidida por Ruffini que dará la noticia todos los días: más abierto no sé, más abierto no sé. Y lo bueno es que esta comisión será muy respetuosa con las intervenciones de todos, e intentará no hacer chismorreos, sino decir las cosas sobre la marcha sinodal que sean constructivas para la Iglesia. Si alguien quiere que la noticia sea: "este está enfadado con aquel otro por esto o aquello...", eso es chachara política. No, la comisión tiene una tarea difícil, que es

mento, están sufriendo mucho. Hemos tenido episodios de gran preocupación, de violencia, de degradación. Por ejemplo, cerca de Nápoles, donde un párroco, don Patriciello, incluso le invitó a ir; luego en Palermo. En esto, ¿qué se puede hacer? Usted visitaba las villas miserias de Buenos Aires, así que tiene experiencia en esto. Luego también fue nuestra Primera Ministra a visitar uno de estos suburbios, así que hay mucha discusión. ¿Qué se puede hacer, en su opinión, que pueden hacer la Iglesia, las instituciones, el Estado para superar esta degradación y hacer que los suburbios sean realmente parte de un país?

Sí, tú con eso te refieres a las periferias, a las barriadas. Hay que seguir adelante, ir allí y trabajar allí, como se hacía en Buenos Aires con los curas que trabajaban allí. Es un equipo de curas con un obispo auxiliar a la cabeza y se trabaja allí. Tenemos que estar abiertos a esto, los gobiernos tienen que estar abiertos, todos los gobiernos del mundo. Pero hay periferias que son trágicas. Vuelvo a una periferia escandalosa que intentan tapar: la de los rohingya. Los rohingya sufren, no son cristianos, son musulmanes, pero sufren porque los han convertido en periferia, los han expulsado. Hay que ver los distintos tipos de periferias; y también aprender que en las periferias la realidad humana es más evidente y menos sofisticada, los malos momentos, no quiero idealizar, pero se perciben mejor. Un filósofo dijo una vez algo que me impactó: "La realidad se entiende mejor desde las periferias". La realidad se entiende mejor allí. Tenemos que dialogar con las periferias y los gobiernos tienen que hacer verdadera justicia social, verdadera justicia social, con las distintas periferias sociales y también con las periferias ideológicas. Ir a interrelacionarse, ahí, porque muchas veces es alguna periferia ideológica la que provoca las periferias sociales. El mundo de las periferias no es fácil. Gracias.

Entrevista con Mons. Angelo Massafra, arzobispo metropolitano de Escútari-Pult, Albania

El despertar espiritual de los mártires albaneses

Monika Nowak
Arturo López

Monseñor, usted lleva a cabo su misión aquí en Shkodra desde 1998, pero llegó a Albania en 1993 y desde entonces ha estado cerca del pueblo albanés. ¿Cómo vive su ministerio en esta nación que tanto ha sufrido?

En agosto cumplí 30 años de presencia permanente en Albania. Mi primer viaje misionero, como franciscano de la Provincia Monástica de Lecce, fue el 1 de diciembre de 1991, y fue una experiencia muy bonita, muy entusiasmante, pero también muy triste. Entusiasmante, porque la gente que había recuperado la libertad estaba muy alegre, animada, esperaba un mundo nuevo, una Albania nueva después del comunismo. Triste, porque vi una nación pobre: sin señales de tráfico, económicamente destruida.

También en aquel 1993, Juan Pablo II, en visita apostólica a Albania, consagró a los cuatro primeros obispos después de la dictadura, reconstituyendo la jerarquía y reorganizando nuestra "Iglesia mártir". Poco más de tres años después, el 6 de enero de 1997, me consagró también a mí como obispo de esta Iglesia, donde todavía hoy ejerzo mi ministerio, que se caracteriza fundamentalmente por enseñar y administrar los misterios divinos a este pueblo que también había sido privado de su alma. La cooperación pastoral con los demás misioneros llegados desde la apertura de las fronteras, la formación del clero autóctono y la reconstrucción de la Iglesia hecha de almas y piedras (¡hemos reconstruido o construido de cero tantos ambientes pastorales!) han sido las piedras angulares de mi ministerio.

Como arzobispo de Shkodra, llevó a cabo una labor muy importante para todo el país: el proceso de beatificación de los 38 mártires de la Albania comunista. También tuvo la oportunidad de escuchar los testimonios de supervivientes del régimen. ¿Cómo le marcaron estos encuentros?

Fue una experiencia muy positiva. En el 2000, como Presidente de la Conferencia Episcopal de Albania, asumí la petición apremiante de muchas personas de iniciar un proceso de beatificación de nuestros mártires, asesinados por los comunistas. Hice todo lo posible, estimulado y ayudado por un fraile franciscano, el padre Leonardo Di Pinto, también originario de la Puglia, enamorado de Albania, un experto que ya se había ocupado de otros dos procesos de beatificación, y que me motivó para continuar con la causa de los mártires. El padre Luca De Rosa OFM fue elegido nuestro postulador y, después de él, su sucesor, el padre Gianni Califano OFM, continuó el servicio. El problema, sin embargo, era decidir el número de candidatos a mártires. A decir verdad, los 4 obispos consagrados en 1993 ya habían preparado una lista de 30 candidatos a mártires para el año siguiente. Pero en el año 2000, a propuesta de todos los obispos que se habían unido a ellos, entretanto, hicimos un sondeo entre los sacerdotes ancianos que habían sobrevivido al comunismo: el obispo Zef Simoni, los sacerdotes albaneses y los frailes. Como resultado de ese sondeo, añadimos 8 candidatos más que habían sido martirizados por el comunismo, llegando así al número de 38; más otros dos candidatos mártires: el padre Luigi Paliq OFM, asesinado en Kosovo en 2013, y el padre Gjon Gazulli, diocesano, quien fue ahorcado en Shkodra en 1927.

Como la mayoría de los candidatos a mártires eran del norte de Albania y de Shkodra, la Conferencia Episcopal, me delegó la realización del proceso. Escuchar a tantos testigos fue una experien-

cia muy hermosa e interesante, y a veces conmovedora... y perturbadora. Hay que tener en cuenta que algunos testigos, antes de firmar su testimonio, decían: "Quiten ese apellido, quiten a esa persona, si no, no firmo". ¿Qué quiere decir eso? Que todavía había miedo a testificar. El comunismo creó un verdadero terror, un miedo terrible a los demás; incluso a los propios familiares. Esto es lo más triste que vivió el pueblo albanés y que, en algunos casos, aún persiste.

¿Cómo se desarrollaron las distintas etapas del proceso de beatificación?

La primera sesión pública tuvo lugar en

menes y luego prepararon la Positio de los 38 mártires candidatos y la pasaron directamente a la Comisión Teológica para su estudio (compuesta por nueve teólogos), saltando a la Comisión Histórica, pues eran mártires de nuestro tiempo. Doy las gracias al Santo Padre y también a la Congregación, porque se nos condonó la mayor parte de los gastos, salvo la fase inicial, que pagamos nosotros, como era justo.

Y así el Papa, el 26 de abril de 2016, autorizó la promulgación del Decreto de Beatificación, que celebramos, de acuerdo con el Card. Angelo Amato, el 5 de noviembre del mismo año. Me gusta señalar que se celebró bajo la protec-

La Santa Sede les ha otorgado la indulgencia plenaria

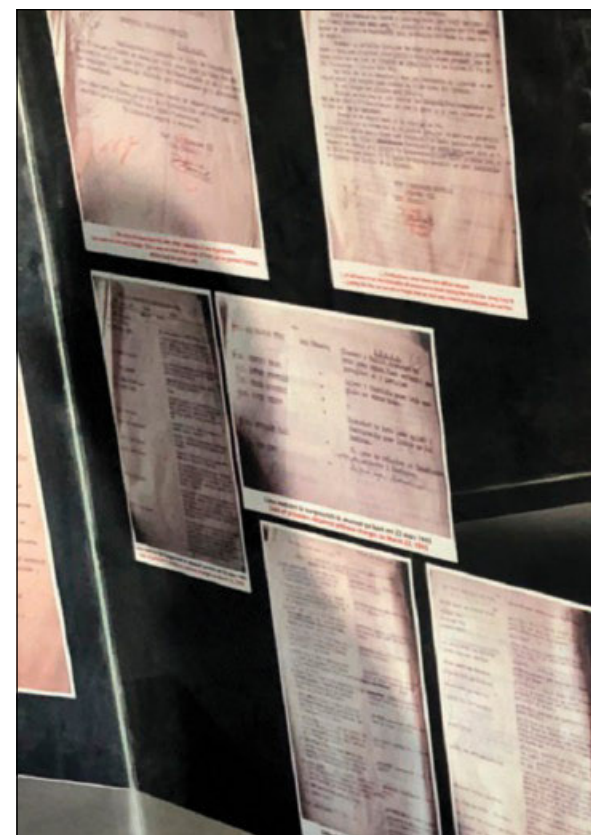
El año pasado, en el 2022, pedí a la Santa Sede la gracia de la indulgencia plenaria, que me fue concedida a partir de noviembre de 2022: todos los días 5 de cada mes puedes ganar la indulgencia plenaria visitando la catedral de Shkodra, deteniéndote ante las reliquias de los mártires y con los requisitos habituales.

En la catedral, las Reliquias están colocadas en el altar derecho: una urna de madera de olivo contiene las insignes reliquias de once Beatos Mártires; tres urnas de plexiglás contienen los restos completos de tres Beatos Mártires; y en el fondo, están las piedras del muro del cementerio de Rremajt donde muchos de ellos fueron fusilados. Hay que tener en cuenta que, de los 38 Beatos Mártires, sólo tenemos los restos mortales de once de ellos, de los demás no hay nada, desaparecieron como tantos otros miles de albaneses cuyo paradero se desconoce, o fueron enterrados o arrojados al río y dispersados; de los muchos otros que fueron asesinados, seguimos buscando, con la esperanza de encontrar alguno.

Volviendo al don de la indulgencia plenaria, opino (y lo repito constantemente a mis hermanos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos) que, si aprovechamos esta gracia de Dios, puede ser una ocasión de oro para renovar nuestra Iglesia en Albania y para enamorarnos aún más de nuestra patria. ¡Que esta mención de la patria no parezca extraña! Pensemos, en efecto, que entre los beatos mártires hay dos alemanes, el P. (José) Ioseph Marxen (nacido en Worrigen) y el P. (Alfons) Alfonsus Tracki (nacido en Bliszczyce, en la actual Polonia). Cuando el ejército alemán regresó a Alemania en 1944-1945, se les exhortaba a regresar: "Regresen con nosotros, regresen a Alemania: sus padres les esperan". Los Dos respondieron que no, que el pueblo los defendería; que podrían volver para salvar la vida, pero se quedaron con los fieles y, al final fueron asesinados.

Así que este gran amor por nuestra tierra, por nuestra Iglesia, es importante. Por eso siempre digo que debemos evangelizar más a través de nuestros mártires, con su, aunque también nuestro testimonio; porque, como decía San Francisco de Asís, "es fácil gloriarse de las obras de los santos o de los mártires", pero ¿quiénes somos nosotros? Señor Arturo, siendo usted mexicano, sabe que la misma persecución la vivió la Iglesia mexicana en los años 30; recuerdo al P. Miguel Pro y otros, que gritaban "Viva Cristo Rey". Nuestros mártires también murieron al grito de "Viva Cristo Rey", igual, igual. Son "flujos y reflujos históricos", como decía Giambattista Vico. Todo pueblo ha tenido estos sufrimientos, ha sufrido por la fe: México, España, Italia en la época de los partisanos (basta pensar en el Beato Rolando Rivi, de 14 años, que vestido de seminarista, como era costumbre entonces, algunos decían: "matémoslo... ¡mañana tendremos un sacerdote menos!") Todo pueblo ha tenido y tiene, en estos tiempos, persecuciones.

En Shkodra tenemos el "Memorial", nuestro "pequeño Auschwitz" (¡como yo lo llamo!), donde la gente ha sufrido tanto. Imagínese, en un lugar de dos por dos metros, todos de pie para impedir que el otro descansa, para cansarlo física y psicológicamente, para hacerle decir lo que ellos querían, lo que no era verdad, o para espiar al otro, es decir, con el objetivo de quebrar al otro física, psicológica y moralmente. Uno de los mártires, de hecho, dijo: "Pido perdón si, bajo tortura, he dicho algo contra alguien, o si con lo que he dicho he podi-



do crear problemas a alguien". Debemos, pues, dar a conocer mejor a nuestros mártires. Soy exigente en este aspecto. Quisiera que todas las parroquias sensibilizaran a los fieles, a los cristianos, para que hicieran, por ejemplo, peregrinaciones los días 5 de cada mes a la catedral de Shkodra, que tiene el don de la indulgencia plenaria desde hace siete años. Quisiera que esta gracia fuera un gran estímulo para el des-



pertar espiritual, para enamorarse de nuestra Albania y de nuestra Iglesia, poniéndose al servicio de la Iglesia y convirtiéndose en mejores ciudadanos, como "sal de la tierra y luz del mundo", para la patria.

Juan Pablo II decía que "recordar a los heroicos testigos de la fe del siglo XX significa preparar el futuro (...). Las nuevas generaciones deben conocer el coste de la fe que han recibido en herencia". ¿Cree que los jóvenes albaneses tienen esta conciencia?

En parte sí y en parte no. Por eso es tan importante mi compromiso, el de los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos. La gracia de la indulgencia plenaria, el museo diocesano, el memorial de las monjas clarisas -el pequeño Auschwitz- son medios para revitalizar y sensibilizar. Tenemos también la cárcel de Spaç (Rreshen), donde organizamos visitas y campos de sensibilización, también a nivel internacional, para que la gente vea cómo y dónde sufrieron miles de albaneses, precisamente para que no olviden. Incluso nuestra catedral, que los comunistas habían convertido en un polideportivo, es un testimonio del martirio. Las palabras de San Juan Pablo II son serias y verdaderas. Como arzobispo, estoy convencido de que el ejemplo de los mártires puede y debe conducir a una renovación de la vida personal, social y comunitaria. Se solía



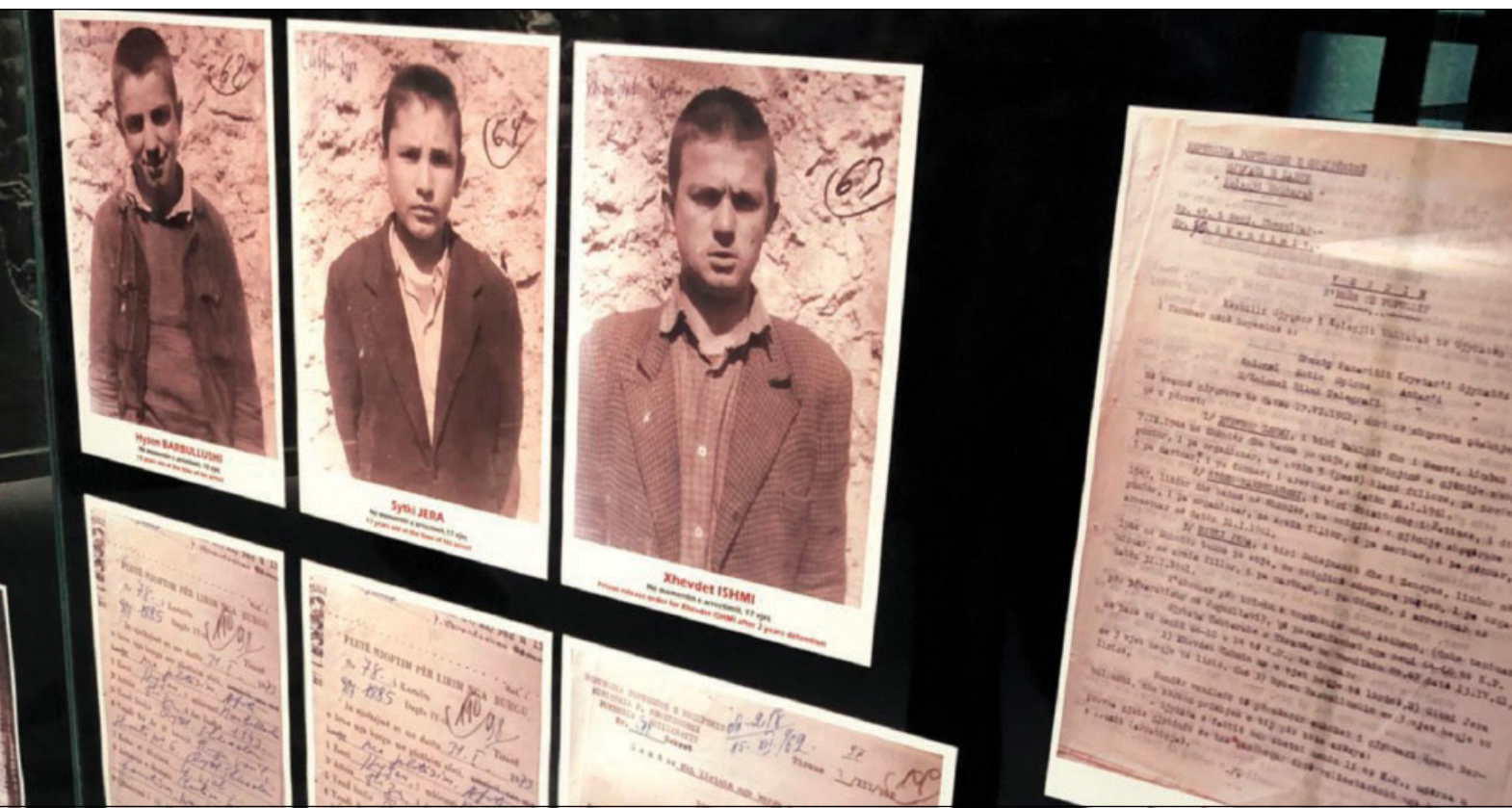
la catedral de Shkodra el 10 de noviembre de 2002, en presencia del Card. Sepe, entonces Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, que vino a Albania para consagrar la catedral de Rrëshen. Los trabajos que siguieron fueron muy intensos: se oyó a unos 500 testigos, intervinieron Jueces, Notarios, el Promotor de Justicia, los Censores y la Comisión Histórica. La última sesión pública se celebró el 8 de diciembre de 2010 en presencia del Card. Claudio Hummes, también franciscano como yo, y muy respetado, el que inspiró al actual Papa a tomar el nombre de Francisco.

Una de las dificultades era el idioma: todo el proceso estaba en albanés y había que traducirlo al italiano; por lo tanto, todo estaba duplicado: 8.000 páginas en albanés y 8.000 páginas en italiano, entregadas en Roma en muchos paquetes bien sellados. Tuvimos que impedir que los abrieran en la frontera, porque entonces el proceso habría sido anulado. Así que, con la ayuda de los agentes de la Policía de Frontera, no tuvimos problemas ni en Durres ni en Bari. Hice el viaje con el vicepostulador, el hermano Vincenzo Focà OFM, y juntos el 17 de enero de 2011 entregamos todo a la Congregación para las Causas de los Santos donde, primero encuadernaron las 8.000 páginas en 42 volú-

ción de Nuestra Señora del Buen Consejo, Patrona de Albania. De hecho, la carta enviada para el inicio del proceso lleva la fecha del 26 de abril, día de su fiesta litúrgica, mientras que, como ya he dicho, el proceso en Albania concluyó el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción. También por esta razón, además de que cada uno de los mártires alimentó una devoción especial a Nuestra Señora del Buen Consejo, Ella aparece también en la imagen oficial de la beatificación de los mártires como nuestra Reina y Patrona.

Se trata, sin duda, de un hecho providencial.

La beatificación trajo consigo, en gran medida, los frutos esperados. Ciertamente, una mayor conciencia por parte de los católicos albaneses de una "resistencia del espíritu" que, cuando se testimonia, puede seguir siendo un estímulo para no repetir los errores y los horrores del pasado (sobre todo si se tiene en cuenta que todavía hay regurgitaciones de nostálgicos partidarios del comunismo dictatorial). Pero incluso los muchos que hoy vienen a visitar Albania tienen rostros concretos que aún hablan de un pasado más bien reciente que ciertamente no se debe enfatizar (como si Albania fuera sólo su pasado), pero que tampoco se debe olvidar a riesgo de construir un futuro sin raíces.



En las fotos: Registro de personas asesinadas; vista de las celdas de la cárcel y reliquias de algunos de los mártires

decir que "nadie soñaba que la libertad pudiera volver", así que la derrota del comunismo, el cambio, es un don de Dios, es un don de los mártires. Albania demuestra que el bien siempre vence, y que cuando el diablo domina se sufre, pero al final siempre es Dios quien vence.

También han creado un museo, en gran parte, dedicado a los mártires, ¿no es así?



Tenemos el Museo Diocesano, una pinacoteca, salas con testimonios históricos de los siglos IV, V y VI, también para atestiguar que somos una Iglesia apostólica, nacimos en tiempos de San Pablo (Rom 15,19). Después de la sección de la Pinacoteca, hay una sala en la que exponemos túnicas litúrgicas que habían sido confiscadas. El comunismo lo confiscó todo y en 1991 los fieles recuperaron lo que pudieron. La mayoría de los objetos que tenemos en el museo fueron conservados por los fieles a riesgo de ser encarcelados, encontrados, descubiertos. Tenemos una riqueza verdaderamente grande de objetos, para que la historia no se olvide y se transmita a las generaciones futuras.

El museo se hizo para no perder esta riqueza (nuestra historia de fe y sufrimiento), pero también con una finalidad educativa y formativa. A veces, cuando los padres, los abuelos cuentan los hechos del pasado, uno piensa que son cuentos de hadas. Narran, sin embargo, un testimonio: en la época comunista, si dos hombres salían por la noche, se les miraba con recelo. Como los sacerdotes habían jurado seguir administrando los sacramentos, eran llamados por familias muy católicas para no correr el riesgo de ser acusados. Un hombre me contó que una noche llamó a un sacerdote para que administrara

los sacramentos: el hombre que acompañaba al sacerdote se había disfrazado de mujer con el típico traje femenino 'zadrimore', de modo que parecían marido y mujer... en cambio, eran un sacerdote y su acompañante los que iban a administrar los sacramentos del bautismo y el matrimonio en casa de una familia católica.

¿Cree que este hecho del martirio del pueblo de esta nación puede abrir de alguna manera la puerta a un acercamiento con otras confesiones que también sufrieron atroces tormentos en la persecución, creando un puente de diálogo y colaboración ecuménica? Y en esta dimensión ecuménica, nos pareció impresionante la historia de la reconstrucción de la actual catedral, convertida en pabellón deportivo en tiempos del comunismo; fue un musulmán quien salvó el edificio de la catedral construyendo sobre él sin destruir la estructura original.

¡Esto es algo muy interesante! El dictador dio la orden de destruir también la catedral. El ingeniero, sin duda inspirado por Dios, le dijo al dictador: "Shkodra no tiene pabellón de deportes, la iglesia es enorme, podemos reconstruirla". Y así fue.

En Albania, las relaciones con los musulmanes también fueron generalmente buenas en el pasado, salvo durante ciertos periodos históricos de dominación otomana.

Bajo el comunismo, la cárcel era compartida por cristianos y musulmanes, ayudándose mutuamente, como nos cuentan también las historias de nuestros mártires. Sufrimos juntos: cristianos ortodoxos, católicos, evangélicos y musulmanes suníes y bektashi. Precisamente por eso creamos un Consejo Nacional Interreligioso. Cada año cambia el presidente. Actualmente el presidente es el jefe de la comunidad musulmana. El año pasado fue el pastor evangélico. Nos reunimos regularmente y a veces hacemos declaraciones públicas conjuntas, lo que es una señal muy positiva.

Nos hablaba usted de los dos nuevos beatos, cuya causa promueve, de la lista de 38 mártires albaneses, ¿puede hablarnos un poco de ellos?

Después de los 38 beatos mártires del periodo comunista, tenemos otras

dos causas históricas: la del padre Luigi Paliq, franciscano menor, asesinado en 1913 en Kosovo por los serbo-montenegrinos, que invitaban a los católicos a permanecer fieles a la Iglesia romana, mientras que los serbios querían que católicos y musulmanes se convirtieran en ortodoxos. Pero también es muy recordado y honrado por los musulmanes, que también escaparon a la "serbianización" forzosa gracias a su intervención y martirio.

El otro, el padre Gjon Gazulli, sacerdote diocesano, fue acusado injustamente de liderar el levantamiento de los montañeses contra el rey Zog. Fue ahorcado, muy joven, en las afueras de Shkodra en 1927. Al tratarse de dos causas históricas, la Congregación para las Causas de los Santos dio prioridad a los candidatos a mártires del periodo comunista y después continuaron con el padre Luigi Paliq y el padre Gjon Gazulli. Las dos Positio están actualmente en manos de nueve teólogos de la Comisión Teológica y esperamos que a finales de año puedan entregar su veredicto a los Cardenales y al Papa.

Sabiendo que "la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos" ¿qué esperanzas y perspectivas le da el saber que entre las filas de los mártires se cuentan estos 38 testigos de la fe, en un mundo que se aleja de Dios. De hecho, en el Ángelus del 6 de noviembre de 2016 recordando a los mártires albaneses, el Papa Francisco deseó que su ejemplo nos ayude a encontrar en el Señor la fuerza que nos sostiene en los momentos difíciles e inspira actitudes de bondad, perdón y paz. ¿Cree usted que los acontecimientos desgarradores que vivió este pueblo se puedan preservar como ejemplos, no sólo para atesorarlos en la memoria, sino para seguir ofreciendo un ejemplo de coherencia de fe y de un profundo amor a Dios?

Estas son palabras santas del Papa Francisco; está claro, sin embargo, que mucho depende de nosotros. Lo he dicho antes y ahora lo repito: es importante dar a conocer a nuestros Mártires y los valores de los que dieron testimonio, para que sigan siendo un estímulo, para no repetir los errores y los horrores del pasado. Pero también quiero señalar que en Albania muchas de las iglesias están dedicadas a mártires, como San Esteban, San Sebastián, Santa Veneranda, San Jorge, etc. Y creo que, a propósito, nuestros obispos en el pasado dedicaron iglesias a los mártires de los primeros siglos, para decir a su pueblo que ante la persecución no debemos abjurar de la fe, que debemos ser fieles a Cristo y a la Iglesia católica y al Papa.

También hoy es indispensable dar a conocer el sacrificio de los mártires para que las nuevas generaciones se enamoren de Cristo y tengan presente que también nosotros podemos ser santos; como decía san Agustín: "Si éstos se han hecho santos, ¿por qué no puedo yo también hacerme santo?". Tenemos esta gran riqueza como Iglesia en Albania, de la que podemos sacar fuerza, energía y testimonio.

La educación como herramienta para eliminar las desigualdades en el estado indio de Bihar

La elección de sor Roselyn, esa gota de esperanza

SOR M. PRASANTHI, SCN La mayoría de la gente emprendería una visita al pueblo de Gaya, en el estado indio de Bihar, para una transformación espiritual a la sombra del árbol de la sabiduría, el árbol de Bodhi. Sea como fuere, la visita que hice a Gaya para contar el misterio de sor Roselyn entre los Musahar (literalmente: comedores de ratas), realmente me dejó una transformación interior, una experiencia para la vida en la que pude tocar de primera mano las privaciones de los marginados.

En enero de 2023, mi viaje me lleva a Kazichak: en este lugar, los Musahar son la casta ínfima de la zona y se ven obligados a vivir al margen. Es una experiencia inolvidable. El vistazo del pueblo y sus alrededores me deja sin palabras. Había oído hablar del misterio de las monjas entre estos abandonados, pero ahora, por primera vez, puedo constatar de primera mano lo miserable que es su condición de vida.

Será el icono de paz

En cuanto llegamos al pueblo, los niños corren a buscar a sor Roselyn.

Nunca había estado en ese lugar y por eso me quedo allí empalada, una extraña, observando a los niños, a las mujeres y a todo el entorno y me doy cuenta de inmediato de que los habitantes soportan una pobreza extrema y unas condiciones de vida absolutamente insalubres.

Los niños llevan lo estrictamente indispensable; parecen desnudados, están sucios y descuidados. Las mujeres, incómodas con los extraños, esconden la cara detrás del sahari, la prenda femenina tradicional. A pesar de todo esto, me doy cuenta de que los rostros de los niños se iluminan cuando ven a sor Roselyn: con ella se sienten cómodos, porque ella es el faro de esperanza en su fragilidad.

Responder a las necesidades de los tiempos

Sor Rosalyn trabaja como trabajadora social en estas aldeas, dando voz a los que no la tienen, apoyando a las mujeres en las cárceles y educando a los niños. Desde su domicilio en Gaya, dirige cursos de recuperación para niños desfavorecidos y, al mismo tiempo, coordina centros de formación profesional para mujeres.

Además de todo esto, hace inspecciones en otras zonas para comprobar las necesidades de la gente. En una de estas visitas, conoce a Sangeeta y a su hijo, Abhishek Kumar, en una sastreía de Kajwati. Durante su charla, sor Roselyn se entera de la existencia de los Musahar, un pueblo de desheredados. Su deseo de trabajar con ellos la empuja a recorrer el camino a Kazichak con el señor Kumar.

Vivir al margen como marginados sociales

Los Musahar son la casta más pobre del estado indio de Bihar. Son socialmente marginados, económicamente empobrecidos y políticamente oprimidos. Durante mucho tiempo han sobrevivido en los márgenes del Estado y aún hoy son pobres, sin tierra, viven de privaciones, malnutrición, son considerados intocables y son analfabetos.

Durante una de sus primeras visitas a Kazichak, en los contactos con los locales, sor Roselyn se entera de que unos 200 niños no tienen la posibilidad de disfrutar de oportunidades educativas adecuadas. A pesar de que

todos estos niños están matriculados en la escuela pública local, su educación está por debajo de los estándares, y esto los priva de las habilidades necesarias para avanzar en la vida. Soñando con un futuro mejor para estos niños, en marzo de 2022 Sor Roselyn introduce cursos de recuperación también en Kazichak.

Herramienta para la eliminación de las desigualdades sociales

Sor Roselyn está convencida de que la educación es la herramienta más poderosa para erradicar las desigualdades sociales y mejorar la vida de las personas. Desafortunadamente, en Kazichak no existe un entorno adecuado para dar clases y, por lo tanto, la religiosa inicia una recaudación de fondos para satisfacer de forma independiente la necesidad de los niños de profundizar en su educación. Los propios niños se convierten en artífices de la construcción de su futuro aula: transportan la arena del río que sirve de material de construcción. Esta actitud hace que la religiosa intuya el gran deseo de los niños de recibir educación. Una vez "construido" el aula, sor Roselyn nombra a Abhishek Kumar su asistente en la formación de los ni-



ños. Junto a las materias académicas, los niños aprenden sobre su cultura, sus derechos fundamentales, conceptos de higiene y conocimientos prácticos a través de actividades como juegos, discursos, dibujos y canto: todas estas disciplinas enseñan a los niños a tener el coraje de defender sus derechos. Los conocimientos adquiridos por los niños en estos cursos de recuperación contribuyen a mejorar ellos mismos y su comunidad. El señor Kumar, un hindú, se considera afortunado y agradecido de ser parte de la misión de Dios. Los niños también confirman que el compromiso serio puede transformar sus vidas y condicionar su futuro y el del país. Sor Roselyn quiere seguirlos hasta la finalización de la escuela secundaria y la inscripción en los cursos profesionales.

A pesar de que ha llamado la atención sobre la hostilidad y las críticas de las clases altas con el establecimiento de estos cursos de recuperación en Kazichak, sor Roselyn hoy realmente marca la diferencia en la vida de los niños, en este pueblo y en los alrededores: de hecho, su obra transforma no solo sus vidas, sino también el destino de toda la comunidad. La expresión de felicidad y esperanza que se desprende de los rostros de los niños refleja su deseo de tener éxito: están listos para enfrentarse con valentía a las dificultades de la vida.

Después de ver con mis propios ojos lo que le hizo a Kazichak, estoy segura de que la gota de esperanza de la hermana Roselyn realmente puede marcar la diferencia en el gran océano de la sociedad. Su servicio a los oprimidos es un testimonio real de cómo un individuo puede marcar una diferencia duradera en la vida de muchos.

#Sistersproject



En la catequesis el Papa Francisco habla sobre el viaje apostólico en Mongolia

Lejos de los focos entre un pequeño rebaño de corazón sencillo



Es «lejos de los focos, que a menudo se encuentran los signos de la presencia de Dios», el cual «no mira a las apariencias, sino el corazón sencillo de quien lo desea y lo ama sin aparentar». Así el Papa Francisco explicó las motivaciones del viaje apostólico realizado del 31 de agosto al 4 de septiembre en Mongolia, recorriendo los momentos importantes durante la audiencia general del miércoles 6 de septiembre, en la plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! El lunes regresé de Mongolia. Quisiera expresar reconocimiento a cuantos han acompañado mi visita con la oración y renovar la gratitud a las autoridades, que me han acogido solemnemente: en particular al señor presidente Khürelsükh, y también al ex presidente Enkhbayar, que me había entregado la invitación oficial para visitar el país. Pienso con alegría en la Iglesia local y en el pueblo mongol: un pueblo noble y sabio, que me ha demostrado tanta cordialidad y afecto. Hoy me gustaría llevaros al corazón de este viaje.

Se podría preguntar: ¿por qué el Papa va tan lejos a visitar un pequeño rebaño de fieles? Porque es precisamente ahí, lejos de los focos, que a menudo se encuentran los signos de la presencia de Dios, el cual no mira a las apariencias, sino al corazón como hemos escuchado en el pasaje del profeta Samuel (cfr 1 Sam 16,7). El Señor no busca el centro del escenario, sino el corazón sencillo de quien lo desea y lo ama sin aparentar, sin querer destacar por encima de los demás. Y yo he tenido la gracia de encontrar en Mongolia una Iglesia humilde pero una Iglesia feliz, que está en el corazón de Dios, y puedo testimoniaros su alegría al encontrarse por algunos días también en el centro de la Iglesia.

Esta comunidad tiene una historia conmovedora. Surgió, por gracia de Dios, del celo apostólico - sobre el que estamos reflexionando en este periodo - de algunos misioneros que, apasionados por el Evangelio, hace unos treinta años, fueron a ese país que no conocían. Aprendieron la lengua - que no es fácil - y, aun viniendo de naciones diferentes, dieron vida a una comunidad unida y verdaderamente católica. De hecho este es el sentido de la palabra "cató-

lico", que significa "universal". Pero no se trata de una universalidad que homologa, sino de una universalidad que se incultura, es una universalidad que se incultura. Esta es la catolicidad: una universalidad encarnada, "inculturada" que acoge el bien ahí donde vive y sir-

ve a la gente con la que vive. Es así cómo vive la Iglesia: testimoniando el amor de Jesús con mansedumbre, con la vida antes que con las palabras, feliz por sus verdaderas riquezas: el servicio del Señor y de los hermanos.

Así nació esa joven Iglesia: a raíz de la caridad, que es el mejor testimonio de la fe. Al final de mi visita tuve la alegría de bendecir e inaugurar la "Casa de la misericordia", primera obra caritativa surgida en Mongolia como expresión de todos los componentes de la Iglesia



local. Una casa que es la tarjeta de visita de esos cristianos, pero que recuerda a cada una de nuestras comunidades ser casa de la misericordia: es decir lugar abierto, lugar acogedor, donde las miserias de cada uno puedan entrar sin vergüenza en contacto con la misericordia de Dios que levanta y sana. Este es el testimonio de la Iglesia mongola, con misioneros de varios países que se sienten una sola cosa con el pueblo,

ce el pueblo mongol, orientar la mirada hacia lo alto, hacia la luz del bien. Solo de esta manera, a partir del reconocimiento del bien, se construye el futuro común; solo valorando al otro se le ayuda a mejorar.

He estado en el corazón de Asia y me ha hecho bien. Hace bien entrar en diálogo con ese gran continente, acoger los mensajes, conocer la sabiduría, la forma de mirar las cosas, de abrazar el tiempo y el espacio. Me ha

Con los obispos del Sínodo de la Iglesia greco-católica

La dimensión martirial de la tragedia en Ucrania

El mes de octubre se dedique a la oración del rosario por la paz en el país

«Esta mañana, antes de la audiencia general, el Papa Francisco recibió a los obispos del Sínodo de la Iglesia greco-católica ucraniana en el estudio del Aula Pablo VI». Informó sobre ello, el miércoles 6 de septiembre, la oficina de prensa de la Santa Sede a través de un comunicado del director Matteo Bruni enviado a los periodistas acreditados. Durante el encuentro, que duró casi dos horas, después del saludo de su beatitud Svyatoslav Ševčuk, que recordó la dolorosa situación en la que se encuentra su país, con el crecimiento del número de muertos, de heridos, de personas torturadas, y dio las gracias al Papa por el afecto demostrado de tantas maneras y en tantas ocasiones, intervinieron diferentes participantes, cada uno para contar los sufrimientos que en lugares y formas diferentes está viviendo el pueblo ucraniano. El Papa Francisco escuchó con atención las palabras dirigidas a él, manifestando con algunas breves intervenciones sus sentimientos de cercanía y participación a la tragedia que viven los ucranianos, con una "dimensión martirial" de la que no se habla lo suficiente, sometidos a crueldad y criminalidad. Expresó su dolor por el sentido de impotencia que se experimenta delante de la guerra, "una cosa del diablo, que quiere destruir", con un pensamiento particular por los niños ucranianos encontrados durante las audiencias: "te miran y han olvidado la sonrisa" y ha añadido: "Esto es uno de los frutos de la guerra: quitar la sonrisa a los niños".



Para responder a la crueldad de la guerra, surgió la necesidad de más oración, para la conversión y el final del conflicto, y, siguiendo una petición recibida durante el encuentro, el Papa manifestó el deseo de que en el mes de octubre, particularmente en los santuarios, se dedique la oración del rosario a la paz y a la paz en Ucrania. Al hablar del encuentro que tuvo con algunos jóvenes rusos en los días pasados, el Papa hizo referencia a la respuesta que dio al respecto a los periodistas en el avión de regreso de Mongolia. Finalmente, recordó el ejemplo de Jesús durante la Pasión, que no permanece víctima de los insultos, de las torturas y de la Crucifixión, sino que testimonia la valentía de decir la verdad, de estar cerca del pueblo, para que no se desanime. "No es fácil - ha dicho - esto es santidad, pero el pueblo nos quiere santos y maestros de este camino que Jesús nos ha enseñado". Al concluir, antes de dirigirse juntos en oración a la Virgen, el Papa confió que todos los días recuerda a los ucranianos en su oración delante del icono de la Virgen que le regaló el arzobispo mayor antes de que dejara Buenos Aires.

felices de servirlo y de descubrir las bellezas que ya hay. Porque estos misioneros no fueron allí a hacer proselitismo, esto no es evangélico, fueron allí a vivir como el pueblo mongol, a hablar su lengua, la lengua de la gente, a tomar los valores de ese pueblo y predicar el Evangelio en estilo mongol, con las palabras mongolas. Fueron y se "inculturaron": han tomado la cultura mongola para anunciar en esa cultura el Evangelio.

Yo he podido descubrir un poco de esta belleza, también conociendo algunas personas, escuchando sus historias, apreciando su búsqueda religiosa. En este sentido, estoy agradecido por el encuentro interreligioso y ecuménico del domingo pasado. Mongolia tiene una gran tradición budista, con muchas personas que en el silencio viven su religiosidad de forma sincera y radical, a través del altruismo y la lucha a las propias pasiones. Pensemos en cuántas semillas de bien, desde lo escondido, hacen brotar el jardín del mundo, ¡mientras habitualmente escuchamos hablar solo del ruido de los árboles que caen! Y a la gente, también a nosotros, nos gusta el escándalo: "¡Pero mira qué barbaridad, ha caído un árbol, el ruido que ha hecho!" - "¿Pero tú no ves el bosque que crece todos los días?", porque el crecimiento es en silencio. Es crucial saber ver y reconocer el bien. A menudo, sin embargo, apreciamos a los otros solo en la medida en la que corresponden a nuestras ideas, sin embargo, debemos ver ese bien. Y por eso es importante, como ha-

hecho bien encontrar al pueblo mongol, que custodia las raíces y las tradiciones, respeta a los ancianos y vive en armonía con el ambiente: es un pueblo que mira al cielo y siente la respiración de la creación. Pensando en las extensiones ilimitadas y silenciosas de Mongolia, dejémonos estimular por la necesidad de ampliar los confines de nuestra mirada, por favor: ampliar los confines, mirar amplio y alto, mirar y no caer prisioneros de las pequeñeces, ampliar los confines de nuestra mirada, para poder ver el bien que existe en los demás y poder ampliar nuestros horizontes y también dilatar el propio corazón para entender, para estar cerca de cada persona y cada civilización.

La invitación a rezar por las víctimas del incendio que tuvo lugar el pasado 31 de agosto en Johannesburgo, en Sudáfrica, y por la población de la «querida y martirizada Ucrania» fue dirigida por el Papa a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro. Como es habitual, al finalizar la catequesis, Francisco saludó a los varios grupos lingüísticos presentes y concluyó la audiencia general con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que nos ayude a elevar nuestra mirada hacia lo alto para reconocer el bien que procede de Él y para acoger todos los dones que nos ofrece por medio de nuestros hermanos.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.